

librería

de

a. j. cano

panorama antioqueño

librería. de a. j. cano medellín

nuti

PANORAMA ANTIOQUEÑO

Jaime Barrera Parra.

Panorama Antioqueño

Homenaje del Gobierno
de Antioquia a la me-
moría del ilustre escri-
tor.

Imprenta Oficial
Medellín.

A INES GREIFFENSTEIN

Te llegan estas líneas, olorosas a tinta de imprenta y a café tinto, cuando, despierto Medellín en los efluvios de su valle vernal, Bogotá duerme todavía. El altozano de la Sabana se eriza de nieblas estratégicas para dar la impresión de que está adelantando una gran faena. Mentira! Sólo las iglesias, las del Virreynato, las de la Revolución, las de la República, distienden en la inercia de la mañana oraciones y campanazos.

Ahora, en el ambiente de los talleres y las salas de redacción, todos tenemos la apariencia de que vamos a emprender viaje. Nos sentimos tentados a la ventura. Fuera tan bello contigo hilvanar el diálogo. La gracia matutina casi nos perfuma los corazones. Estamos apolotonados e infantiles, junto a la rotativa, que devora ovillos de papel — urraca de hierro. Pero has de saber que en cada edición de EL TIEMPO, vamos nosotros, agazapados en un ángulo de las páginas, tiritando de frío bajo las Mayúsculas, con nuestros cigarrillos sofisticos, con nuestros sobretodos dogmáticos.

Somos la tripulación de un buque fantasma. Estamos varados en la mitad de un río soñoliento. Sólo que,

para comunicarnos con sus orillas, echamos a volar nuestras ediciones — palomas mensajeras que llevan nuestros botines de a bordo.

Tú, madrugadora y diligente como las campanitas de tu parroquia, animas ya con tu fervor la Escuela de Minas. La montaña distante hace para tí peripecias inverosímiles: fuma en las cumbres y te tira a la cara un vaho de romo. Tú eres la ciudad antioqueña, eres todo el espíritu de tu Villa. Y eres la flor y la mística de tu raza, sonadora de cantos y de pregones. Cuando queramos aclamar a Antioquia, tiramos a tu paso los chambergos capitalinos. Ahora, bajo el apremio del reloj que nos descalabra cada minuto, mientras empieza a amanecer en el cielo café-con-leche, escuchamos un repiqueo de tacones sobre la calle: eres tú que ya vas a la misa.

Dentro de un instante sentirás sobre la cabeza un dúo de motores. Son los pájaros que se han ido de Bogotá, porque les hemos dejado la jaula abierta. Portan la emoción de un instante único, cuando todos nosotros (Enrique, Alberto, José y Hernando, Oliverio, Angel, Gabriel y Arturo), ponemos en el trajín de nuestro correo, la ilusión de la trasnochada.

En tí, Inesita de Medellín, saludamos a toda Antioquia. Tú sabrás cómo distribuyes ese saludo, que queda temblando en nuestros labios y en nuestros pañuelos. . . .

Jaime Barrera Parra.

LA VISION DE LA MONTAÑA

Para "El Diario" fueron las declaraciones iniciales de Barrera Parra, cuando en febrero de 1934 vino por primera vez a Medellín. Jaime quería estudiar el hecho antioqueño, el horizonte disuelto, los bravos de La Montaña. Pero no venía a morir. . . ! De sus palabras de entonces fluía un hilo de vida que lo amarraba a la que él creyó tierra de promisión y de bonanza. Esta página dulce y bulliciosa, a la vez que nos honra, nos entristece y conmueve.

Nos dijo entonces Jaime Barrera Parra:

—“Mi visita a Medellín carece de toda trascendencia. No vengo en viaje de “misión”, ni soy lo que se llama un embajador. Obedece

a un viejo anhelo mío de conocer a este pueblo fuerte y fotogénico. Quiero estudiar, sin libros y sin pretensiones, el paisaje antioqueño, el hecho antioqueño y tratar de interpretarlo del modo más ideal, por el simple ejercicio de mis condiciones ópticas.

“Estoy encantado de este medio, de esta luz social y juguetona, de este clima sin clima, de la afabilidad y de la cortesía de sus gentes. Vengo a hacer periodismo, no vengo a desarrollar programa de literato ni de sociólogo. Me limitaré a ser un facturador de hechos y de situaciones y a expresarlos en el más sencillo de los lenguajes, porque no tengo otro.

“Antioquia es una de las realidades más complejas y discutidas del país. Yo no vengo a agregar confusión a este hecho. Quiero conocer a Antioquia, su cuadro físico, sus campos, sus aldeas, sus ciudades, sus moradores. Quiero escuchar el gran diálogo de esta gran raza, que es una de las pocas afirmaciones antropológicas y espirituales dentro de Colombia. Quiero descomplicarme de la neurastenia bogotana, quiero sentarme sobre los mostradores de las tiendas en las pequeñas poblaciones antioqueñas, quiero oír la Antioquia de Tomás Carrasquilla y de Efe Gómez. Quiero hacer tertulia en las redacciones de los periódicos conservado-

res y liberales de Medellín y almorzar cualquier día en el Golfo de Urabá y otro en Bolombolo.

“Desde estas columnas, que considero como una de mis techumbres medellinenses, pido a mis gentiles amigos antioqueños que me toleren mi falta de importancia y mi falta de énfasis”.

DEL EDEN AL RESPIN

Veníamos por entre unas nubes acérrimas, por entre un paisaje atmosférico de desastre cuando de pronto, bajo la hipócrita conversación de Samper—esa conversación a gritos de los viajeros aéreos—se abrió el abanico de Medellín. El valle es tibio y perfumado como un soneto. Hora más tarde, de los barandales de “Quimbaya” que ametrallan las luces de La Estrella, todo el cromo se ponía a temblar en la paz nocturna. Medellín es una ciudad cromática. Es un gran naufragio de luz, de vidrio y gelatina. Todos los colores asumen una responsabilidad absoluta. El verde de los árboles es levemente declamatorio. El agua es azul y demagógica. Todo el valle consentido y pascual, tiene la fragancia del agua.

Y ahora, ante una máquina de escribir, cuya psicología desconozco, en vez de ideas vaga dentro de la cabeza un paisaje. Ese paisaje es el protagonista central de mi monólogo. No hay manera de salirse. En Medellín, la luz

es una epidemia. La vemos presidir la vida social y la pericia política y nos la encontramos en la calle haciendo tumultos.

La ciudad carece de clima. A todas horas estamos acariciados por el ambiente, que es apenas una noción de los ojos. La neurastenia bogotana no resiste este pañuelo de mil colores.

.....

Me había dicho Germán Arciniegas: "Antioquia es el más fotogénico de los pueblos". Esta es la más estricta de las verdades. Las poblaciones están engastadas en las montañas y las montañas son entes vivos, labrados en la total posibilidad, dentro de un ambiente de labranza y de égloga.

Las carreteras que circundan a Medellín, nos llevan a todos los climas, a través de aldeas, de burgos y de ciudades limpias y alegres, habitadas por una raza expansiva y fuerte, poco sensible a las controversias de última moda, raza de piernas laboriosas que cree en Dios y se está acostando a las ocho desde hace siglos.

En las residencias campestres de Medellín hay toda la comunidad y el estilo up-to-date que se pueda imaginar en Colombia. Los me-

dellinenses están justamente orgullosos de sus albercas y piscinas porque en ellas no solamente juega el agua sino que se meten la montaña y el cielo. Chispea todo el inmenso añil flotante sobre ese poema de azulejos, dentro del rumor tranquilo y de arboledas. Todo es pulquérrimo. Las carreteras parecen recién barridas. Las casas brillan con relámpagos de albayalde, y hasta los ganados son blancos. Las iglesias detonan con sus aspavientos de piedra, presiden la agrupación urbana y le añaden animación a la gran cromolitografía antioqueña.

Aquí, dentro de este marco de colinas y de riachuelos, la religión hace parte del aire. Por aquí todavía hay "Angelus" y hay "Toques de oración", como en los tiempos de Gutiérrez González y de Epifanio.

.....

Medellín es una contra-réplica a Bogotá, como Bogotá es una contra-réplica a Medellín. La una ciudad se cura con la otra. Son dos estados de alma, dos posiciones psicológicas en pendencia. Lo interesante es hacer que ese diálogo sea inteligente para que la Nación lo utilice en fuerza.

Ayer tarde, sorbiendo una perfecta taza

de té, desde una mesa del salón "Respin", en compañía de dos grandes damas, honra y prez de esta tierra bella, tratábamos de reconstruir el encanto de Bogotá. Decía doña Helena Ospina de Ospina:

—“Donde Bogotá es más Bogotá para mí, es en sus salones de té”. Una gran observación. Para definir la antítesis Bogotá-Medellín se podría escribir un libro con este título: “Del Edén al Respin”. Y nos dedicamos a rememorar el ambiente capitalino.

—La luz es de una circunspección enfermiza.—Las gentes conversan dentro del “sotto voce” de la sabana.

—Los ademanes son lentos y reposados.—En Bogotá todo es relativo. La ciudad le pone tacones de caucho a todas las ideas y a todas las iras.

Y es cierto: en sus salones de té en Bogotá se desnuda el alma. El “Respin” es un salón deslumbrante. Baldosines, espejos, música, todo brilla.

Es la exaltación de la tierra tibia. De esta gran bocanada de color que es el valle del Aburrá, uno de los más bellos del universo.

Medellín, febrero 28 de 1934.

UN GRAN “DESCOMPLICADERO”: MEDELLIN

Para hacer la monografía del pueblo antioqueño no se necesita ser el Conde Keyserling, porque todas las cosas están de bulto: la naturaleza, que es efusiva; las costumbres, sueltas y claras; la política, fuerte y parlante.

Uno de los hechos que basamentan la vida de estas comarcas es el amor instintivo al suelo, a “lo que da la tierra”. Un capítulo de ese libro imaginario que yo escribiera sobre todas estas sinfonías de almas y paisajes tendría que llamarse “Olán, aguardiente, café y frijoles”. Dentro de esta factura hay algo más que cuatro productos: hay una situación social y es lo que se pudiera llamar el terrigenismo antioqueño.

La alimentación es ancha y es sávida. Ha colaborado responsablemente en la construcción de una raza que precisamente tiene sabor y tiene anchura. La culinaria antioqueña es categórica y deleitosa. El maíz y el frijol, apa-

rentemente monótonos, tienen una diversidad de expresión por otros pueblos desconocida.

En los bares corrientes, donde se consumen los licores más finos, el antioqueño de la calle—"the man in the street"—suerbe café y bebe aguardiente. Aquella "posición social" que alguien pedía para el anisado, se la dieron los antioqueños.

No se trata de abaratar el aperitivo o el alcoholismo, sino de consumir a todo trance lo espontáneo y lo natural, lo que representa el hecho económico. Desde los tiempos más campechanos, hasta estos otros más esbeltos del "Country Club", el anís ha presidido fiestas y enredos, veladas y pendencias. En las montañas azules humeaban los alambiques del contrabando llenando de alegría corazones y bolsas. Hoy la Renta, que es una de las más ricas y guarnecidas de la República, da un licor nacional que tiene fragancia y lumbre. Se le toma con naturalidad y con orgullo, sin ponerle nombres burlescos. En las casas más chicas, amobladas con amor y con despilfarro, provistas de bodegas suntuosas, se le ofrece al huésped una copa de anisado o de ron, porque es lo más castizo. La bebieron los fundadores del patriarcado, los que le dieron a la población antioqueña glorias y cañones, blasones y biz-

nietos; la tomaron los bohemios y los poetas, los revolucionarios y los políticos. Hoy, después de años y de lustros, después de que las costumbres han tomado un corte más fino, conserva el aguardiente de Antioquia, fabricado con pulcritud y sin avaricia, su renombre, su "posición social" y su aroma limpio.

Olanes, muselinas, telas claras y frescas incendian las casas. Las llevan las mujeres frescas y claras, éstas mujeres de ojos árabes que son el poema de Antioquia. Las mismas mujeres asombrosas portan las más finas toilettes y las más espléndidas joyas, con una distinción integérrima, lo mismo en la calle que en los salones, pero en el interior predomina la sencillez más estricta.

Esta sencillez es el mayor encanto de la vida antioqueña y es lo que les da a los hogares su tono y su atmósfera. Los niños juegan sin sapiencia, con una alegría matinal. Todo es claro y fluído: la luz que se pone a saltar en los corredores y hace reverberar jardines y lozas; la conversación, deliberadamente "sin importancia".

Medellín, que es un centro de cultura intelectual desde viejas épocas, siempre equipado por espíritus de la mayor complejidad y altitud, conversa dentro del "deshabillé" ver-

bal más gracioso. Esa propensión a lo espontáneo y a lo fácil, que parece ser una de las características de la raza, es lo que ha formado la literatura antioqueña, que es, sin duda, dentro del gran tablero nacional, la más sustanciosa. Un pueblo de epigramáticos habituales no puede producir estos relatores de la montaña, de la mina, de la venta, que tiene Antioquia.

Al margen del fenómeno general, desde los ángulos de lo personal y de lo súbito, se encuentra el observador con los más complicados espíritus de mujer, con los diálogos de sofá más arduos. Pero lo que domina la conversación es la frase rápida y el comentario a rienda suelta.

Antioquia es lo que se pudiera llamar un "descomplicadero" nacional, una gran piscina para los atormentados, para los enfermos de taquicardias intelectuales, para los intoxicados del libro y de la vida. Una antioqueña es un mecanismo de animación tan esdrújulo, que frente a él no hay Leopardis ni Werthers que no se rindan.

Alegría de vivir. Gana de vivir. Impulso y temperatura. Todos estos componentes, diluídos dentro de una dosis perfecta, sensibles al turista que llega por estos valles, producen una sensación física de descanso.

Universitario capitalino que andas literalmente deshecho de trescientas psicopatías, roído por unas amarguras traducidas del inglés, del francés y del italiano, víctima de un universo sarcástico que no conoces, vénte a mi balcón del Hotel Europa. Todo esto que ves: los árboles, el agua, las mujeres y el cielo, se han hecho para reedificarte. Si la neurastenia de Medellín se cura en Arranca-plumas, la fatiga de Bogotá se disuelve en la "Quebrada-arriba".

Medellín, marzo 2 de 1934.

INESITA DE MEDELLIN

En las orillas del río Lebrija, en el campamento de Chuspas, cuando el Ferrocarril de Puerto Wilches empezaba a dejar de ser un juguete para el uso de los santandereanos patéticos, escuché por primera vez tu nombre, Inés Greiffenstein. El calor era una barbera que nos degollaba con alegría. Los ingenieros antioqueños, hijos de la Escuela de Minas de Medellín, sorbían su taza de café mientras declamaba la dinamita. Volaban las rocas dentro de una escena del Génesis. Lejos, Bucaramanga, hacía discursos, motines y versos. El Ferrocarril le dio a Santander una retórica demagógica.

En las riberas del río Turbio, que apenas acababa de salir del romance, en la tolda de Juan de Dios Higuita, escuché por primera vez tu nombre, Inés Greiffenstein. Era una pieza de tablas olorosas a petróleo y a paludismo. Cachivaches de níquel cuya utilidad me desconcertaban—compases, teodolitos, escuadras

—le daban una elocuencia sajona a todo ese cuadro que condimentaban la agrimensura y la quinina. Yo tenía una ignorancia fundamental de las matemáticas y unas torrenciales ganas de trago. Juan de Dios me sirvió una copa, y además me enseñó tu nombre.

—Si tú conocieras a Inés Greiffenstein...

Corrieron los años y la vida. Me llegaron dolores y sustos. Se me espantaron las ideas radicales. Jamás podré olvidar aquella mañana de Chuspas, sonora a taladros y a whisky. Era en los tiempos en que el Ferrocarril era para nosotros una mística. Dentro de ese marco brutal de despeñaderos geológicos, escuché por primera vez tu nombre, Inés Greiffenstein.

Te imaginé alemana y oji-verde, pero Juan de Dios me corrigió esta estupidez, mientras destapaba una botella de "Johnny Walker".

—No seas animal, Inesita es una antioqueña.

Después supe que tú eras la fragancia de la Escuela de Minas de Medellín, la alegría de los ingenieros. Pero nunca pude imaginar ni tu dulzura ni tu risa. En cien desfiladeros de la República, desde la Goajira hasta el Ortegua-za, en Calamar, en Barrancabermeja, y en Bo-

lombolo, donde quiera que los hombres vestidos de kaki, que hacen las ferrovías y los puentes, los acueductos y los presupuestos, se congreguen para la fiesta, tú reinarás sobre todos ellos, porque eres la más pura flor de su raza, la más alta espiga de su estirpe.

Tú eres la simplificación de todas las cosas. Eres, como la luz, la maravilla de los espacios. Viéndote, escuchándote, se comprende la inutilidad de los rascacielos, de las pirámides de Egipto, de la Enciclopedia Británica, de todas esas obras macizas que los hombres le han enfrentado al cielo.

¡Los hombres, los hombres! Unos son los gorilas vestidos de frac que hacen discursos en Ginebra y se reparten el botín de la muerte, que lanzan al gran rebaño humano al "paking house" de la matanza; otros son los osos de la zarzuela, que sudan el sentido cómico de la vida, y otros ni siquiera son hombres: son cuocientes humanos que no encuentran ni su geometría ni su ritmo.

Tú eres la paz, tú eres la liquidación de lo superfluo y de lo enfático, de lo cruel, de lo torpe, de lo ridículo. Tú pacificarías a Santander en una semana con la sola presencia de tus manos, de tu sonrisa.

Tú eres la inteligencia. Eres la medida y

la gracia, la claridad, la esbeltez, la tregua. Si tú pudieras presidir la existencia contemporánea instalarías un salón de té en la Bolsa de Valores de New York, le enseñarías a jugar "Bridge" al Mahatma, le regalarías una corbata de cemento a Emilio Murillo.

En tí se conjugan dos pueblos y dos almas. Eres la Alemania de Nuremberg y eres la Antioquia de la Carretera al Mar y de Guadalupe, la Antioquia cristalina, la de la arepa, la del piquete que nos vamos a comer mañana con tu prima Tonny, con todas tus primas, con Angelita, con tu papá y con tu tío Ricardo. Dentro de tu risa suenan los acordeones de la tierra de tus abuelos y el habla de este pueblo armonioso.

La vida sin tí no vale un pepino. Yo había perdido el tiempo en escribir cosas. Había aprendido jabonería en Barcelona, había hecho mi curso de patética en Santander, había tomado a lo serio el tifo. Hoy comprendo la insensatez fundamental de esas peripecias de tanto esfuerzo despilfarrado. En medio de todo eres disolvente porque eres una cátedra de humorismo, no ese que hemos aprendido los literatos, no ese que jadeamos en los clubs y en los salones, sino el humorismo intrascendente del universo.

Tú eres la fé, eres la afirmación y eres la disciplina. Eres la piedad del ruiñeñor y de la fuente, de la barcarola y de la romanza. Para qué correr tras las posiciones y las glorias, tras el placer y la política? Tú me has enseñado a tirarles bodoques de pan a los sabios y a los filósofos, a la Torre Eiffel y a todos los funiculares del mundo. Tú eres la gracia y la castidad de la vida...

Cuando lean estas páginas tus amigos, los de Urabá, los del Patía, los de Cañasgordas, y también tus amigos de Bogotá, se van a poner muy contentos. Y el Dr. Jorge Rodríguez me va a invitar a tomar un trago con Efe Gómez.

Medellín, marzo 3 de 1934.

DESDE LAS ALTURAS DE SANTA HELENA

Desde la vieja casa que domina la egregia cumbre, desde la montaña verde y ansiosa, cantó Gregorio Gutiérrez González a la "hermosa villa". Por ese tiempo patriarcal, a Santa Helena se iba a caballo y la ciudad no tenía luz eléctrica. Hoy, desde el automóvil que piafa en la altura, en las horas frías del anochecer, Medellín es un archipiélago luminoso, flotante en los crespones nocturnos.

La carretera va engastando paisajes suizos, casitas blancas y residencias suntuosas que dialogan de colina a colina. Ayer era domingo y toda la montaña parecía endomingada porque en Antioquia la fluencia dominical es casi tangible. Un ambiente de suavidad acaricia el ojo. Cuadros frescos y de marcado sabor campestre, cuadros que habíamos visto en las viejas litografías de color hace muchos años, se suceden como las hojas de un gran árbol. Todas estas carreteras que circundan a Medellín son colecciones de postales.

La vecindad eminente de la montaña le ha dado a la ciudad el gusto y el amor a la cumbre. A una hora de auto casi se percibe el frío de la sabana de Bogotá, los pinos y los siete-cueros ilustran el campo. Casitas pobres y quintas espléndidas muestran la afición del medellinense a salirse del ámbito urbano. En todas direcciones, lo mismo en el valle que en la sierra, se palpa esa búsqueda del refugio. Ayer no más un amigo mío fue regalado por la suerte con un quinto del premio gordo.

—Te vas a Cali en avión, le dijo la esposa. Haces un viaje de rico. Descansas de tu labor. Te rejuveneces.

Una gran carcajada fue la respuesta de mi amigo. Media hora después andábamos en carro por los alrededores de Medellín buscando una "manga", un trozo de tierra con un rancho. Lo encontramos, trepado sobre un cerro elocuente. Dos hectáreas de terreno frágil con agua y con árboles, todo lo que necesitaba para conseguir la felicidad, para adquirir la gloria fuerte del propietario. Dentro de ese cuadro minúsculo cabían muchas cosas: la mujer, los hijos, la gracia; los amigos que vienen a pasar el week-end, con un tiple, con una escopeta. Mi amigo, que es un gran caballero

y un gran poeta, es hoy uno de los magnates de la alegría.

—Aquí voy a poner un columpio. Aquí voy a sembrar una enredadera para que le dé perfume al baño.

—Aquí nos vamos a comer un piquete cuando inaugure la "mansión".

—Aquí voy a hacer un kiosko para leer y para "desenguayabar" los domingos.

Todas estas cosas se pueden hacer con mil pesos y con un corazón romántico...

Kioskos, columpios, enredaderas, albercas azules, por decenas, por centenas, por millares, despilfarradas en la naturaleza jubilosa, en contacto con el cielo y la lumbre, respirando espacio, tragando infinito, cantando la afirmación de vivir, le dan colorido a la vida medellinense.

Ayer amaneció haciendo domingo y por la carretera que nos lleva a "Westfalia" casi, casi podíamos coger todas esas cosas al pasar porque eran accesibles al ojo. Frente a la ventana paraba el Ford, saltaban los paseantes para beber una copa, para bailar un tango. Luego, por el camino, bajo arboledas rumoroso-

sas, grupos gayos y dichosos se dispersaban cantando coplas. Brillaban manteles blancos sobre la grama. Porque era la hora del picnic, la hora del gracejo y de las salchichas.

Y era fácil adivinar que esa misma escena se reproducía en mil lugares, porque era el día castizo del descanso y de la parranda. Y porque el paisaje y el hombre, de ordinario tan reñidos en otros sitios, aquí se buscan y se encuentran. Y porque hacía luz y hacía fiesta y había tiples, botellas, árboles.

Uno de los mayores atrasos de este país es la existencia de los turistas, la falta de organización en los viajes y en los transportes que permitan al colombiano de Popayán ir a pasar el fin de semana a Neiva y al de Neiva a Bogotá, y al de Bogotá a Medellín o a Bucaramanga. Aun dentro de la carestía de los viajes aéreos sería posible, por medio de una fuerte economía en los organismos de tránsito, hacer fácil el acceso de las ciudades, el intercambio de los hombres, de las ideas, de los panoramas.

La mayor parte de los antioqueños que fueron a la convención descentralista de Cali traen una impresión de sorpresa, de optimismo y de orgullo: la mayor parte de aquellos

desconocía esa porción milagrosa de la República. El redescubrimiento del país apenas comienza, pero se prevé toda la amplitud del vasto episodio porque por las rutas del aire los pájaros de metal afirman su marcha.

Todos los países civilizados venden paisajes. Suiza vive de sus despeñaderos y de sus nieves, de sus pinares y de sus lagos. Colombia, tan fértil en escenarios luminosos, se podría enriquecer con ellos. Pero aun antes de la creación de lo que se pudiera llamar el gran turismo, se podría fomentar el pequeño turismo interior, los viajes baratos y rápidos del weekend, que hermanarían a Monserrate y a Santa Helena.

Entrada la noche, dentro de la fragancia vegetal y de la tiniebla, borradas las casitas de campo, las villas y los ranchos, los manantiales y las lomas, viendo chispear a Medellín, regre-sámos a la ciudad como de una égloga.

Medellín, marzo 5 de 1934.

PEDRO NEL GOMEZ

El Artista. — El Trabajador. — El Hombre.

Me presentaron a León Trotsky, pero se llamaba Pedro Nel Gómez. La melena y las lentes, los ojos, la chivera, que no eran traducidos del ruso sino una creación personal, encierran un alma rigurosamente marxista. Pedro Nel Gómez es uno de los pocos revolucionarios de verdad que hay en este país de patriarcas.

—Tienes qué ir a mi estudio, tienes qué ver mis cuadros.

Dicho y hecho. Nos fuimos. La casita relampagueaba entre la mañana caliza. Salió a recibirnos la esposa del pintor, una dama florentina, de cabellos de cedro. Pedro Nel vive en su mujer a Florencia. Y en la casa, pequeña y pizpireta, atestada de telas y cartones, se respira el ambiente de la creación artística.

—Para ver este cuadro, que es el homena-

je a Rendón, tienes que sentarte en esta silla de cuero. En ella se han sentado Germán Arciniegas, Gabriel Turbay, Efe Gómez.

Yo sé muy poco de la pintura. Soy un juguete de la luz, un fotómano irreductible.

Por lo mismo, mi criterio se ahoga dentro de la admiración a lo refulgente. Pero al contemplar la obra sustancial de Pedro Nel Gómez, comprendo, dentro del panorama nacional, que es un universo desconocido, un reto a la Academia.

Me quedé sentado un largo rato porque me zumbaban los ojos. Me sentía avergonzado de no poder precisar la impresión que me daba todo este mundo, ese mundo juvenil de Pedro Nel Gómez.

—¿Qué opinas de ésto?

—Que ésto es la revolución rusa, la fuga de Kerensky, la instalación de la Cheka. Pero para poder entenderlo todo, tengo que volver a tu estudio dos o tres veces, sentarme en esta silla, hacerte preguntas.

Entran los niños del artista añadiendo luz a la escena.

—Este es el italiano y éste es maicero. Ambos van a ingresar a las milicias fascistas. Trae el vermouth, Juliana.

Dentro del cuadro, pletórico de sentido y de tesis, Rendón se abstrae dentro de la mesa, desdeñoso de los amigos y de las copas. Es el mismo Rendón taciturno, de las lentas horas nocturnas. El chambergó negro le cae sobre las sienes encendidas. A su lado está el amor, la amistad, la vida. Y nos ponemos a hablar de "él", frente a la tela que nos escucha.

—Rendón—dice Pedro Nel—es un Goya, es el genio de lo burlesco. Pero tienes qué ver otras cosas.

Retratos, acuarelas, esbozos. Cada vez estoy más perplejo, pero más lleno de admiración y de júbilo. Hay unas obras que son verdaderos editoriales, verdaderas requisitorias contra la política. Es una campaña de alto sabor revolucionario, de una diatriba cáustica, que hace pensar en Diego Rivera.

Bogotá va a tener una de las más bellas fiestas artísticas con la Exposición de Pedro Nel Gómez. La personalidad del Trotsky antioqueño, que se complementa dentro de él con el hombre íntimo, el del hogar, el del café, el del charladero, es uno de los más bellos casos de mística que se pueden registrar en Colombia. Efectivamente, dentro de Pedro Nel Gómez habita un eslavo.

Por lo demás, su vida, su obra, es una cátedra de fé, de voluntad, de sana ambición, de probidad intelectual, de pureza.

Hay qué trabajar, hay qué trabajar y hay qué trabajar! En este país está todo por hacer. Hay qué distribuir sobre el área de la República todos los artistas para que se dediquen a la interpretación de la vida nacional, para edificar la monografía de la Patria. Esto tiene qué hacerlo Alfonso López, que es un hombre de sensibilidad, un nacionalista.

Pausa. Viento que bulle las cortinas. Tintineo de tres copas de vermouth. Desde el balcón, en el débil horno del medio día, conversa Medellín con las nubes y con las montañas.

Hay qué trabajar, hay qué trabajar y hay qué trabajar! Los hombres no valen sino por lo que hacen. Hay qué recordar a Leonardo: si después de un día de labor es bello dormir, después de una vida de labor, qué dulce debe ser la muerte!

Y lo dice con una voz queda. Pero detrás de esa voz está la vida de Pedro Nel Gómez, que es uno de los actos de fé más hermosos.

Yo creo en la pintura, en el porvenir de la pintura. Por ahora, en la Colombia de hoy, vale poco como arte y como industria. Pero el

país necesita pintores. Hay qué llenar las paredes con la palpitación de la realidad colombiana, que es una realidad del más fabuloso volumen. Hay qué ir a la tierra, hay qué saber "ver" nuestras cosas. Hay qué entenderlas ópticamente. Y todo tiene un color o una línea "nuéstra". Estos obreros, estos mineros, estos campesinos, esta gleba de donde ha de brotar la revolución que termine con los directorios políticos, con esa escuela de declamación que es el Congreso, con esas Academias anémicas que nos están fosilizando. Hay qué trabajar, hay qué trabajar a todo trance.

Sonaba un piano. Jugaba un niño. La mañana nos tiroteaba con tejos de oro.

—Tómate ese vermouth y volvamos a nuestros cuadros.

Sí. Este es el Rendón taciturno, el del Café Príncipe, el de León de Greiff, el de Pepe Mejía, el de José Restrepo Rivera. Este es el Rendón glorioso y único. Lo rodean los amigos, los amigos de Medellín y los amigos de Bogotá. Copas y mujeres le dan la cabal ortografía al episodio. León de Greiff detiene el exceso acústico con una mano rosada y doctrinaria para escuchar algo.

—Hay qué dejarse de pendejadas. Hay

qué hacer una obra de conjunto. Hay qué tener el valor de enfrentarse a los hechos, de buscar todo lo que sea personal, todo lo que tenga fisonomía.

—¿No crees tú que este país tiene una incapacidad específica para el dibujo?

—¡Qué lo voy a creer! Ese es un prejuicio. Es una disculpa fraudulenta para refugiarse en la pereza. Especialmente en la Antioquia minera, en la Antioquia negra, he visto casos asombrosos. Yo tengo fé en la juventud, en el esfuerzo. Hay qué trabajar porque el trabajo es la única justificación de la vida. Y hay qué recordar a Leonardo, porque Leonardo es toda Europa, todo el pensamiento del occidente. Hay qué crear las escuelas de artesanos para enseñar a labrar la madera, la piedra. Con el equipo humano que podamos formar en una década de años, será posible crear el arte nacional, la sustantividad artística. Y hay qué dejarse de pendejadas y de flirteos y de cosite-rías ratoniles. Hay qué mirar largo y encontrarnos con el país, con este bello país tan grande y tan inédito.

Así habla este hombre dulce y tranquilo, que no lleva la revolución ni en las lentes ni en la melena, sino en el alma. Su obra es su vida, sencilla y complicada, febril y fresca.

—¿Trabaja mucho su marido, señora?

—Sí, trabaja mucho.

—Juliana me hace trabajar desde las seis, y yo soy feliz trabajando. Hay qué trabajar, hay qué trabajar y hay qué trabajar, porque lo demás no vale la pena. Este es un país que hace cuatro siestas al día. Hay que pensar lo que es Europa. Artistas a quienes se comió la miseria penaron durante cincuenta años para conquistar un renombre. Vivían con su mujer y con sus hijos, relampagueantes de genio y de hambre. Pero los consolaba su obra y tenían fé en sí mismos. Un día cualquiera, desde cualquier salón, sus mármoles y sus óleos hicieron estremecer a Italia o a Alemania, a Holanda o a Bélgica. ¿Te acuerdas, Juliana, de aquél pintor que conocimos en Florencia?

Salimos a la ciudad que bufaba de colores y modorra.

Medellín, marzo 9 de 1934.

LA MONTAÑA

Querido Vives Guerra:

Tu epístola en fabla me sacudió el espíritu. Por tu verso, que me saludaba en traje de ceremonia, pasaba toda el alma de Antioquia, toda la sonrisa grave de la Montaña.

Esta es la Montaña de tus abuelos. Ahora, con las primeras luces de la Montaña, se entra a mi cuarto, en retozos ópticos. Te escribo casi incrustado en el follaje maternal de una ceiba. Asomo la cabeza y me quedo lelo. Suenan el agua en la quebrada. El agua pura del poema. Viene de los picachos azules, donde habitan los osos y el viento. Se entra a la ciudad, la despierta y la purifica. Se pone a cantar su balada. Luégo se va, camino del pozo, del mar y del polo.

Esta la Montaña feliz y profunda y dentro de la cual se amaron tus padres bajo limoneros en flor, bajo el vuelo de las palomas.

Entonces la vida era alegre. No rugían los rebaños mejor entre tufaradas de gasolina. Las veredas, serpeaban "amarillas" en el "lejano azul" que eternizó Gutiérrez González. La civilización es un cepillo brutal que arrasa el corazón y pilla el paisaje. Pero en Antioquia musical, a pesar de ferrocarriles y carreteras, el paisaje está casi intacto, como en los tiempos de Gregorio. Sólo pierde su espontaneidad con el abrazo de las ciudades, con su encontrón con el arquitecto. Sobre las colinas de terciopelo natural platican las villas, entre reflejos de cristal y de porcelana. El hombre le ha dado a la tierra la "toilette" que antes no tuviera.

Pájaros burlones y líricos silban en la frescura del amanecer, sonoro de gallos. Aquí la naturaleza nos rejuvenece y nos ilumina. Está en perpetua colindancia con nuestra melena y con nuestro vaso. Derrite terrones de patasa o de azúcar en los transparentes espacios.

Esta es la Montaña de Aures. Hirsuta en el Nus y en el Cauca, depilada y grácil en Medellín, esta es la Montaña, que ahora se ha hecho socio del Club Campestre. No la he visto patanear, como en los rodaderos de Santander, como en los abismos del Chicamocha. Pero la presiento feroz porque desde el puente del barco, noches de tempestad, en un escenario

de Wagner, he visto arder toda la caparazón del Cimitarra.

Esta Montaña tuya yo la voy a conocer paso a paso, sorbiendo su suero vital, abiertos los ojos rateros sobre la maravilla fragante. La hospitalidad antioqueña no tiene límites, como tampoco tiene etiqueta. Es el apretón de las manos, es la apertura jovial de la puerta.

"Nuestra casita es tan alegre, Jaime, que sale a recibirlo a uno con los brazos abiertos".

Estas palabras, de una bella mujer de tu tierra, son toda una situación psicológica. "Los brazos abiertos", que no son los brazos del amor para las escenas de canapé, sino los brazos fuertes y castos de la tierra, de la amistad, son los brazos de la Montaña. Esos, yo los he sentido pasar sobre mi estatura mortal, sobre mi corazón de viajero.

Iré por los agrestes caminos de tu Montaña, conoceré las ventas y las minas, escucharé la voz del romance, la voz del pueblo, la que suena, súbita y franca en los cuentos de Carrasquilla, la que sublimizó el Indio Uribe, la que se veló de emoción en las coplas y en las endechas. Esa que le dió su fuerza ancestral al viejo Restrepo, que le dió su pigmentación a la literatura antioqueña.

Esa voz ya la he empezado a escuchar, la he sentido caliente y honda en Bello y en Caldas, en la tienda olorosa a chorizo, en la trastienda donde lloraba un tiple, en la plaza de Itagüí y en la de Envigado. Y estoy aprendiendo "palabras", estas buenas palabras de las montañas que nacieron del humus social, en la geología anchurosa del lenguaje. Con esas palabras los hombres fueron a la parranda y a la guerra, con esas palabras se amaron las generaciones dentro de este cuadro de serranías, con estas palabras millones de madres antioqueñas, sentadas en la perspectiva histórica de los siglos, cantaron el dolor de la vida, le dieron embeleso a la raza. Estas palabras jugaron en el idilio y se desarticulaban en la reyería. Estoy aprendiendo palabras, Julio, de esas que no están en los diccionarios.

La otra noche, en la glorieta de "Zamora", en la bella residencia campestre del Dr. Jorge Rodríguez, yo me encontré con la vida. Era la pureza del hogar antioqueño, engastado como una joya en el regazo de la Montaña. Yo me había olvidado de muchas cosas. Yo había desprendido la respiración, me había reñido con el oxígeno. En mi camarote de "El Tiempo" y las mesitas del "Victoria" yo respiraba nicotina, café, mobiliario, tinta de imprenta.

Charlábamos en aquella terraza encendida por los más bellos ojos de mujer, por la fé en Dios, por el sentido cristiano de la familia. Las palabras saltaban con alegría, frente a la noche, frente al mundo, libres del gravamen retórico. Brillaban luces en los carros. El viento musical nos peinaba y nos despeinaba. Y en la escena fresca y sencilla respirábamos la Montaña.

Aquí está, frente a mí, frente al teclado de mi Remington. Por esa Montaña yo me internaré, turista de Antioquia y de mí mismo. Veré las ciudades y los pueblos, los panoramas y las fábricas. En Caldas conocí un cazador de venados que tiene unas manos ursinas. Con él me iré de caza y de diálogo.

La Montaña suena como un tambor en la displiscencia de la mañana. La Montaña es la epidermis de Antioquia, la de la Umca y de La Quiebra, la que se fué con el hacha al hombro a colonizar el Quindío.

¡Ay! Ya cumplí tu encargo. Me fuí con Inesita de Medellín, con unos amigos, llevábamos rosas y lágrimas. Ahí las dejamos ante la tumba de tu "vieja". "La de los ojos azules, la de suaves crenchas albas", esa que te dió su amor y su vida. Nos temblaban las manos y dentro del corazón estabas tú, acurrucado como

JAIME BARRERA PARRA

un niño. Y esa madre y esa tumba hacían parte de la Montaña.....

Te abraza,

Jaime Barrera Parra

Medellín, marzo 14 de 1934.

AURA DE COLOMBIA

Atravesámos la ciudad a caballo, dentro de un espíritu sabatino. En mí revive el hombre de terrón, el santandereano. Estoy muy orgulloso de mis zamarros y de mí mismo. La cabalgata alegra el ánimo. Es una aventura anacrónica. De pronto nos encontramos en los suburbios, dentro de un paisaje de alfarería. No es el Medellín verde y rico del Poblado y del Club Campestre, sino el Medellín de "Ratón Pelao" que se agarra a los cerros ocres, temeroso de desnucarse.

Tiendas y casitas se van quedando. La calle se desabotona dentro de la escena temprana. Es la hora del perro, del cochino y de la gallina. Pero, nota de cristal y de luz, repican los niños. Son las "caras sucias" de la ciudad, los futuros mineros de Antioquia. Y dentro de la gracia lenta del sábado, suena la conversación, los estribos, los árboles.

Un grito infantil asusta la esquina.

—¡Viva Miss Colombia!

Diez, veinte, treinta niños, la aclaman. Desde las puertas, desde las bardas, se levantan las voces líquidas para saludar a la reina. Todos los sábados es lo mismo. La rapacería sub-urbana la ve pasar y la afronta.

Y entonces todo el barrio se acurruca para vivarla: ¡Viva Miss Colombia! Es el homenaje de la Antioquia minera a la Soberana. Y hay dentro del cuadro la emoción fresca de un mundo antiguo...

Una noche se tiró a la calle para proclamar en Aura Gutiérrez Villa la más bella mujer de Colombia. Era la noche del Colón, radiante y eléctrica, la noche del descote, del champán y de la casaca. Se vivía como dentro de un valse de Viena, como si estuviéramos asomados sobre el Danubio. Dentro del ambiente imperial bramaba la Crisis, pobre rata desengañada. Lloraban los violines y los diamantes. Declamaban los poetas peripatéticos. A pesar de los automóviles, de la Bolsa y del Cannedromo, Bogotá se desmayó de galantería. Tiró su chambergo genial para que se encendiera la sonrisa de Aura. Y entonces fué cuando se escuchó por primera vez ese grito enfático: ¡Viva Miss Colombia!

La salutación de la Bogotá cortesana, vestida de frac y de versos, gloriosa de luz en el salón Té, en el Lido y en el Granada, no tuvo la fuerza emocional de este plebiscito infantil que sacude el arrabal, teñido de sábalo.

Los niños gritan como si cantaran, con las manos tendidas hacia la atmósfera de metal, dentro de reverberaciones de ladrillo y de púrpura.

—¡Viva Miss Colombia! Después de dos años, después del madrigal, después de Spa, después del epitalamio, Aura Gutiérrez de Lefebvre sigue reinando en los corazones. Ello explica la alegría de los niños, la alegría de las "caras sucias".

Y es hermoso escuchar esa canción-grito que sale de la entraña del pueblo, limpia de traición, desnuda como el alborozo de las alondras. Los caballos paran la oreja hirsuta. Y entre la mañana, azul y voraz, irrumpe la cántiga:

—¡Viva Miss Colombia!

Aura sonríe con los ojos y con los labios. La sonrisa del terciopelo y la sonrisa de la granada. Va vestida de "breeches" verdes, de blusa roja, junto a Inesita de Medellín, que porta un sombrero del "Far West" y un lazo.

Se empina la cuesta. Se quedan los niños y los gritos. Y ahora vamos camino de "La Laguna", camino de la casa del Sr. Lefebvre, quien nos ha invitado a almorzar y a pasar el día. No es la montaña de Santa Helena, tan opípara y tan pintiparada, sino una cuesta abrupta la que vamos desarrollando. El calor vacila bajo el viento. Allá lejos se ve la altura. Hay que ir despacio, por entre escaleras de piedra. Y todo es de piedra, de pedernal, de color geológico. Pero pronto vamos a entrar en los dulces dominios de la botánica. La blusa de Aura incendia unos pinos. El verde y el rojo se disputan la acción solar, como en una pelea de comadres. Pierde el pino y vence la blusa. Empieza a hacer frío. Hemos llegado a la hacienda de "La Laguna" que, para merecer ese nombre, tiene su pequeña ciénaga de postal, ceñida de cielo. En el corredor de la casa hay un telescopio con el cual yo podría ver a Bogotá y a Constantinopla. La cabalgata va feliz sobre el lomo de la altura y del sábalo. Tengo la sensación de que pronto pinos y eucaliptus van a prolongar el sueño infantil, gritando y cantando:

—¡Viva Miss Colombia!

Su belleza serena azota los árboles, ennoblece el agazapado paisaje de tierra fría.

Galopamos y galopamos, serenos y esdrújulos, ansiosos de llegar, después de dos horas de viaje. Nos está esperando el anís, la victrola, el "pollo". Rematando una avenida surge la casa, la casa del Sr. Lefebvre, la casa de Aura.

No es una mansión de mármol, pero es la mansión de la dicha. El Sr. Lefebvre, como el pescador de Oscar Wilde, ha cazado una estrella. La casita está toda temblorosa de sus reflejos. Sobre la casita suena el azul con un gozoso zumbido de colmena. La casita es la clásica casita blanca de las canciones, esa que todos llevamos en el corazón, viva o muerta.

La hospitalidad del Sr. Lefebvre es franca y es antioqueña. Es cortés y fácil. Su esposa la alegra y la alborota. Todos estamos inundados de luz y de música. Platicamos, bailamos, hacemos chistes "alemanes", nos tomamos esa copa de moscatel y nos devoramos el "pollo". Y todo ello dentro del estilo de Antioquia, que es el mismo estilo de Santander, menos la patética.

El sábado empieza a amotinarse contra la noche, contra la benaventina noche del sábado. La tarde se ha ido en cinco minutos. Es la hora de ensillar los caballos, de hacer una provisión de violetas. La cabalgata de la noche contradice la cabalgata de la mañana. Ahora

vamos del frío al calor, de la cumbre al valle. Chisporrotean Medellín, el Poblado y Bello. Hay una lanza que se interna sobre un cerro. Es la América. El flujo eléctrico encandila los ojos. Hay qué bajar despacio. Despacio y todo ya llegamos a los suburbios. Hay niños y gatos en las puertas. Uno de aquéllos "la" descubre, descubre a Aura. Y entonces, como en la escena matinal, se provoca el himno:

—Viva Miss Colombia!

Todo el barrio se contagia de ese grito que es casi un canto. Es la voz de la gleba que canta a la más bella mujer del país, es la raza que se glorifica a sí misma y entre la noche ecuatorial, mientras entramos a Medellín, se disgrega la letanía:

—¡Viva Miss Colombia!

Medellín, marzo 1934.

LA COMPAÑIA COLOMBIANA DE TABACO O LA SINFONIA DEL VOLUMEN

El Dr. Juan de la Cruz Posada Jr. nos enseña lentamente las máquinas. Pensé en el Museo de Historia Natural de Bruselas, donde ví por primera vez los iguanodontes. Estas máquinas a la vez esbeltas y complicadas, dan la impresión de la grande fauna antidiluviana. Los salones de la fábrica centellean entre la modorra agresiva del medio día. Me explican que se trata de una instalación "up-to-date", libre de la chabacanada diecinuevesca de las correas. Todo es nítido y fulminante. Después de mil procesos agudos, se desata un Amazonas de cigarrillos.

—¿Escribirá usted una crónica sobre el poderío de la tecnocracia?

—Tal vez mejor sobre la sinfonía del volumen.

Y pensé en los caneyes santandereanos,

en las vegas melodramáticas de Río de Oro, cuando los Hermanos Villamizar, unos de los fundadores de la industria de cigarros y cigarrillos en Santander, recorrían a caballo el estrecho valle. Era dentro de un ambiente bucólico. Lejos fulguraban las tierras de aluvión, ilustres en las épocas de Lenguerke. Sobre el cuadro pasaba la sombra de San Isidro. Y entre reverberaciones rudas de talco, la iglesia de Girón taladraba el cielo. En las puertas del pueblo hilaban las viejas sus largos cigarros aromáticos. La industria empezaba a nacer con preciosas timideces de florecilla.

Treinta años después, el proscenio tabacalero es incognoscible. Entre cerros y vegas hispidas, Santander siembra y recoge su trabajo, que perdió su lírica natural pero conquistó renombre y mercados. En cada caja de "Pielroja" o "Dandy" se agazapa la aniquilación del poema, el del caney, el de la vieja, el de la vereda. Girón y Ambalema y Aguadas, con toda su luz ancestral, danzan en el humo licencioso del cigarrillo.

La Compañía Colombiana de Tabaco es la cátedra de la síntesis. Sus parroquianos se han fumado historia y paisaje, medio Santander, medio Tolima, medio Antioquia. Unos hombres voluntariosos que se rasuran con gillette azul

todas las mañanas, verifican esa labor de condensación fabulosa que hoy se puede expresar en guarismos de siete cifras, en el idioma arremangado de los millones. Todas estas máquinas súbitas que atolondran la imaginación y los ojos son el índice de la vida contemporánea, que es un proceso de embutir la naturaleza.

El tabaco como el vino, esclaviza al hombre. Le da el sueño fugaz y lo mata. Pero dentro del lánguido suicidio caben calendarios de amor y de días. El fumador es un anarquista que tira volutas de humo a los universos. Su afición, que antes era pastoril y en ocasiones picaresca, hoy se puede nutrir con gula. La técnica ha vencido la gracia pero le ha dado solidez al producto.

Visitando estas fábricas opulentas—mundo de metal cuyo corazón es el motor todopoderoso—se entiende muy bien que son apenas la caparazón de un vasto proceso. Detrás de la máquina, detrás de ese cosmorama de ruedas y bielas, detrás del obrero que lo rige y lo pastorea, se esconde toda la organización económica del tabaco, que es uno de los más ambiciosos capítulos de la vida nacional en los nuevos tiempos.

Se puede hablar en efecto de la Sinfonía

del Volumen. Dentro de los kardex enjutos saltan guarismos espantables. Los que se refieren a la producción, los que se refieren al consumo, los que colindan con la renta. Todo el país danza en esos números cogidos como dentro de las hojas de un álbum. Se adivina el lento ejercicio que se cumple desde el tabacal hasta la cajetilla de cigarrillos. Es una serie de engranajes humanos que huelen a tierra y a oficina. Es una vasta sucesión de episodios que abarca en sus luces medio Colombia; que se inician en el surco peinado; que les dan emoción a tres cordilleras.

Detrás de este cigarrillo tan fútil que nos vamos a fumar hay todo un poema. En una serie de pinturas murales como aquellas que Diego Rivera eternizó sobre la piel de una Lonja de California, se podría cantar el tabaco. No es la hoja primordial que cantara Bello. Es la organización de la industria. El tabaco empieza en la canción y termina en la Bolsa de Valores de Medellín y de Bogotá. El tabaco es el pequeño agricultor gironés, su rancho y su perro. Es el Banco que le presta dinero o no se lo presta, es el comprador y el intermediario. Es la agencia. Es el transporte animal o mecánico. Grandes Macks hacen trepidar a Cambao. Recuas alegres y sumisas atraviesan las monta-

ñas de Santander, del Valle, de Caldas. Son el tabaco. Sobre ese panorama jovial se yergue el Estado. La Administración se fuma la égloga. Aquí está la renta, bull-dog de cemento que sabe ladrar el ladrido de las tarifas. Dispersos en las montañas estratégicas, los resguardos prolongan el estilo de la colonia. Los contrabandistas nocturnos beben en la sombra de los fisgones. Se oye a veces un patético escopetazo. Se arman sudorosas escaramuzas. Es el tabaco. En los aviones, de Barranquilla a Bogotá, de Medellín a Bucaramanga, vuelan los ágiles gerentes. Es el tabaco. Emergen sobre las ciudades dormidas poderosas arquitecturas. Dentro de encajes de hormigón se albergan los hombres y las máquinas, inteligencias y caballos de fuerza, todos súbditos del tabaco.

Sobre el circuito financiero de Bogotá, pequeño wall street que bebe café desde la mañana a la noche, se alza la Bolsa de Valores, que es la suprema crónica del tabaco. Por la carrera octava como por entre un hormiguero de ruedas, corren los agentes y los "brokers".

Y está el gran mundo de los accionistas y los "rentiers" o quienes el tabaco les permite goces y paces. Ese mundo no tiene capital, pe-

ro es anchuroso. Está en París y Londres, en Medellín, en Bogotá y en la Patagonia.

La inundación ha causado estragos. Barrios obreros fueron literalmente barridos por la borrasca. La beneficencia se empieza a movilizar con la lentitud morosa de un gato. Hay hambre. Llega un cheque. Llega la Compañía. Llega la piedad del tabaco.

Toda esta gran Sinfonía del Volumen necesita en la pintura a un Diego Rivera, pide en la literatura a un Walt Whitman. Es la Sinfonía del guarismo. Es Colombia un rascacielos horizontal que va de horizonte a horizonte, que agarra la tierra y el espíritu, que significa riqueza y fisco. ¡Que lejanos están los tiempos de los pastores!

Todas estas cosas pensaba mientras recorría una de las fábricas de la Compañía Colombiana de Tabaco, de Medellín, que es una de las más vivas fuerzas económicas de la Patria.

Medellín, marzo 23 de 1934.

CARRUSEL ANTIOQUEÑO

En este Carrusel Antioqueño, que hoy inauguro, quiero desparramar mi visión de la Antioquia fotogénica y pintoresca. Será un desfile de gentes y paisajes abigarrados, hecho sin pretensión, sin profundidad y sin calisténica. Si los pueblos tienen una epidermis, necesariamente se les puede ver epidérmicamente. Este desfile es superficial y cutáneo.

Me dice Tulio Medina, bajo los árboles terapéuticos de "Quimbaya", su coqueta residencia campestre, cerca de La Estrella:

—Tenemos qué ir a Caldas. Tienes qué conocer a Ramón Correa. Tienes qué ver al "loco Correa". Vas a ver este ejemplarcito de la raza, criado con arepa y natilla.

Nos metimos en el automóvil. Quince minutos después llegamos a Caldas. Tarde de domingo con resolana y con gramófono, con alga-

rabías de billar, con discusiones en las tiendas. Población alerta y alegre, con ruido de agua, con pitazos de fábricas. Nos sentamos sobre un mostrador, frente a la canícula, para ver la escena sávida de la plaza. Campesinos fuertes que, hecho el mercado, disfrutaban de la moratoria dominical propicia al Estanco. Mi amigo ya había mandado por "El Loco". Y me lo había descrito dos o tres veces:

—Es el más insigne cazador de venados que tiene Antioquia.

—Ha despoblado la Montaña.

—Corre más que los perros.

—Podría caminar treinta leguas al día.

—Se desayuna con dos litros de "Claro".

—Una vez cogió una célebre "mona" de Medellín, y...

Entró Ramón Correa en ese preciso momento. Tuve la impresión de encontrarme con Tubalcaín, el primer cazador de la tierra. De estar viviendo uno de los más augustos instantes de la prehistoria, llenos del rugido del oso polar, en la adusta niñez de nuestro planeta. "El Loco" es un Tarzán, es el ejemplar absoluto del hombre en rama. Las muñecas vellosas le darían vértigo a un rascacielo. Los dientes,

el pelo, la alegría de vivir, refulgen dentro de él como navajazos. Y vinieron las historias de las trescientas cacerías, dentro de un lenguaje que yo no puedo reproducir porque no me llamo Efe Gómez. La versión taquigráfica de estos cuentos que salen de los montañeros y los mineros, sería un regalo dentro de la literatura nacional, un empujón de la antropología a la Academia. Todo el suero humano de Antioquia bulle en esos relatos salinos, contados dentro de carcajadas digestivas y primordiales.

"El Loco" ha introducido una novedad en la cacería y es la prescindencia de los perros y la escopeta.

—¿Y cómo cojes los venados?

—Los alcanzo y los agarro por las patas. Pregúntenle a los señores Santa María.

—¿Te quieres tomar un trago? le pregunta Tulio Medina.

—Sí, "mi dón", pero grandecito.

Medio vaso de aguardiente brilló en el aire. Nuestro hombre se quitó el sombrero para recibirlo en las fauces secas. Y como había qué cambiar de conversación, comenzó a recitar de memoria "La Batalla de la Humareda". Tarzán y todo "El Loco": "Se sabe" a Vargas

Vila y al Indio Uribe. Desaparece entonces la cabeza del cazador y surge la historia, la fonética, el alfabeto. En "El Loco" se junta la zarpa y la mística. Es un extracto de montaña y liberalismo.

—Ya que estás empezando a conocer "tipos" tenemos que ir a "Peralonso", para relacionarte con Evaristo.

Al norte de Medellín, cerca de Acevedo, está "Peralonso". Es una tienda como tantas, uno de esos ventorros que han ilustrado con su fragancia de anís, de jabón y de tabaco la crónica anchurosa de la pendencia antioqueña. "Peralonso" es todo Evaristo. Hay una larga historia de pleitos y de machetazos que acreditan la tesis. Para defender ese trozo de tierra, la casa y la toma, Evaristo ha estado en los propios umbrales del homicidio. Es uno de los más insignes profesores de machete y barbera que tiene Antioquia. En la guerra fué a Magangué para estudiar—nos explica—"los veintiún juegos" del machete. El que aprenda esos "veintiún juegos" puede reírse de todo el mundo; y empieza a explicarnos, con un espantoso cuchillo en las manos—relámpago de acero y estrago—varios de esos "juegos", que nos caen muy poco en gracia, por cierto, pues

estamos en una habitación de diez metros cuadrados. El machete es el reptil y es el rayo. Lo vemos retozar en el aire a muy pocos milímetros de la muerte. Nos vamos poniendo un poco lívidos, no obstante la sabiduría de Evaristo. En la vida de este hombre, el machete ha sido una educación, una filosofía y una fuerza. Con él se ha defendido de los rateros que pululan al otro lado del río, y que a altas horas de la noche han venido a tocarle la puerta para matarle.

—Todas esas casitas que se ven allá, en aquel alto, son las guaridas de esos sinvergüenzas. Yo a todos los tengo corridos, pero cualquier día, cuando me descuide, me asesinan. Véanme este machetazo que tengo aquí en la cabeza.

—¿Y eso cómo pudo ser, Evaristo? "Y los veintiún juegos" no sirvieron de nada?

—Pero, ¿cómo diablos? Yo estaba aquí, descuidado. Y a mi lado estaba "ésta". Entraron dos hombres: el uno me tiró a la traición y casi me abre en dos. Yo, que tenía en la mano esta varilla de hierro, lo hubiera hecho trizas, pero entonces habría macheteado a "ésta".

La mujer sonríe, orgullosa de su hombre. Es una mulata de ojos gitanos, que va comple-

tando la narración, rectificando algunos detalles:

—No. Yo no estaba aquí sino allí, pero daba lo mismo.

—Eso es. Pero daba lo mismo.

Y vienen otros cuentos de alto sabor, de la más deliciosa temperatura. Porque Evaristo ha tenido qué entenderse con muchas "reses". La mitad de la vida de Evaristo ha sido un largo pleito. Pleito de agua y de tierras. El pleito de "Peralonso". Ese pleito de estilo español, que nunca termina, que consume el dinero y el sudor de toda una generación y se arregla al fin a las malas.

—¿Y con "Calzones" no tuviste qué ver?

—Un noche vino a pedir un trago, pero estuvo muy formal. Yo estaba muy listo. El que sí era peor era el "Buey", que era bandido y guapo. Lo mataron allí, a media noche. "Esta" me despertó, y alcancé a oír la pelea y los perros.

Siguen los relatos, fulgurantes, precisos, esdrújulos. Evaristo fuma su tabaco y acciona, pero sin abandonar el machete, que es lo que le da puntuación y lógica a su romance.

Estos Evaristos, estos "Locos" Correas, tienen una capacidad de expresión tan súbita, habitan de modo tan feliz y tan pleno toda su epidermis, que son casi topografía, trozos de la cordillera sacudidos por el espíritu trágico y al mismo tiempo juguetón y humorístico de la raza. Escuchándolos, se entiende que el cuento nacional se ha quedado atrás de esos hombres.

Medellín, abril 5 de 1934.

LA SEMANA SANTA EN ANTIOQUIA

Desde Copacabana hasta Yarumal, lo mismo en el valle que en la montaña, en los cañaduzales calientes y en las altas tierras de minería, la Semana Santa hilaba su canto. Salía de la capa terrestre, se convertía en atmósfera. Dentro del recogimiento solícito detonaban las casitas de cal, declamantes de macetas sobre el camino.

Aquellas llanuras enjutas, que prolongan el bostezo hasta Santa Rosa y hacen pensar en la España manchega de Cervantes y Azorín, se tragaban el automóvil. La sociedad azuzaba el ámbito. La sentíamos zumbir como una abeja gigantesca sobre nosotros. Magra y adusta, masticando ambiente de mineral, la naturaleza disparaba todo su poder de coacción sobre los espíritus. Y de iglesia a iglesia, por sobre paisajes abigarrados—verdes, amarillos, azules—saltaba la verdad evangélica. Era como si estuviéramos rondando por el escenario de Palestina.

En la dulzura violeta del atardecer vimos temblar un escapulario de luces sobre el tórax rudo de un cerro. Mis compañeros de viaje dieron un pequeño grito de júbilo:

—¡Yarumal!

Es que Yarumal es uno de los tesoros sociales de la vida antioqueña. Dos días después me explicaba la alegría desalada de mis amigos.

—Tienes qué escribir “La Sinfonía de la Vertical”, me apuntaba alguno.

Y empezamos a subir por la cuesta hirsuta queriendo agarrar a Yarumal, portentoso equilibrista de la montaña. Entraba la noche rapaz, y era Jueves Santo. De la iglesia encendida volaban cantos. Minutos después, desde los balcones del Club, nos asomábamos a una escena de viejo estambre que no podré olvidar y que aún me hipnotiza. En esa procesión nocturna de Yarumal yo sentí pasar el alma de Antioquia. Era toda la mística montañera, toda la sagrada convulsión de la raza. Dónde está el Valentín de Zubiarre que pueda trasladar al lienzo inmortal toda la geometría, todo el colorido vasco del episodio? Los orondos señores que van a reformar la constitución deberían primero “escuchar” el catolicismo de Antio-

quia. Es una visión y es una audición. Es un desfile humano que se apelotona sobre sí mismo. Y dentro de ese cuadro feraz, feraz por la luz y por el músculo, se oye trepidar a los siglos.

No hay en esta Semana Santa de Yarumal, que yo acabo de absorber como si fuera un pomo de éter, nada que recuerde a la España trágica, a la que vivió Barrés, gritando entre Cristos crispados en la noche frenética de Sevilla. Aquí la religión parece más fresca, pero es geología y es ambiente. Dentro de ese aluvión social se izan las costumbres, el hogar, la canción, al epitalamio. Cunas y tumbas eslabonan su contenido emocional por entre cruces de madera o de oro, las que flamean en el pecho de las matronas y los niños, las que añaden silencio a las naves de la iglesia, las que ordenan y desordenan el tumulto pasivo del camposanto.

La procesión avanzaba como un río de cabezas negras, porque la noche se tragaba el color; pero dentro de ese cuadro fluvial no había nada ríspido ni siniestro. De pronto, bajo las bombillas eléctricas, chispeaban ojos de mujer, perfiles impertérritos de mineros, barbas categóricas de patriarcas. Y en el charol nocturno y húmedo, cribado de estrellas remotas,

sollozaban los cantos y la música religiosa. Y todo ello dentro del zig-zag inclemente de Yarumal, que hace pensar en una picaresca montaña rusa. La fe en Dios corría como un líquido. Pero se la adivinaba cuadrada, material de piedra de canto, basamento de toda esa humanidad maciza y morena, tafetán sociológico de la vida.

Y desde la baranda del Club, amable mirador de hópita techumbre, se pusieron a filosofar un arquitecto, un poeta y un periodista a quienes agarraba como una pinza toda la fuerza desatada del episodio.

—“Esto” es Antioquia.

—“Esto” es bello, digan lo que digan.

—“Esto” no se puede acabar con nada. Ni con ametralladoras, ni con constituyentes, ni con discursos.

Ya la procesión entraba a la iglesia punteando de cirios vacilantes la densa sombra. Y era fácil adivinar que dentro del tablero antioqueño, desde Puerto Berrío hasta La Pintada, y desde Sonsón hasta Zaragoza, se reproducía el clamor religioso, con la misma voluntad de expresión, con la misma métrica.

Al día siguiente hizo un sol explícito. Brillaban entre pozos de estaño alegre los pena-

chos de la montaña. En la plaza de Yarumal se agrupaba la muchedumbre, la que venía de la mina, la que venía de la labranza, la misma que en cien años de fe, juntando el hacha a la camándula, se abrió paso hacia todos los puntos cardinales de la República, haciendo florecer ciudades y surcos. Por el X y Z de una calleja comenzaron a entrar unos bueyes lentos. No venían de ninguna parte. Venían de la historia, de la pura alborada de la colonización antioqueña. Y entonces, bajo las espuelas alegres de la canícula, la procesión de la noche se reprodujo en tono claro. Yarumal se empinó en sus zancos para darle paso al desfile de las imágenes. Los rostros asumían su plena presencia. Junto al campesino oraba la dama. El silencio venía de lejos, era un silencio de centurias. Todo el pueblo empezó a rezar como si cantara.

No es esta la Semana de Pasión de Oberanmergrau, teatral, bonita, con sus apóstoles de Hollywood, lujosa y aromática. Esta Semana Santa de Yarumal es mucho más épica. Es la explosión del subsuelo humano, rico en vitaminas sentimentales. Es el poema del risco y de la quebrada, del despeñadero y de la salina. Antioquia, que tiene unas rodillas de sílice, se tiende genuflexa para adorar al Hijo del Hombre.

Mi amigo, el arquitecto, que estudió ateísmo en Europa, se pone a encender la remota fe de la infancia. Diserta sobre la inutilidad de los libros, sobre la pedantería de la ciencia. La Procesión cauteriza su escepticismo.

—¡Qué diantre! ¡Todas estas cosas son bellas! No las han podido destruir ni el sarcasmo ni la política.

Las campanas de Gloria nos despertaron. Era ya el vestíbulo de la Pascua. Pasó una rondalla de tiples y guitarras bajo el balcón, preludio nimio de la fiesta. Jesús iba a resucitar en la propia cima de la montaña.

Dejamos a Yarumal con una dolorosa pereza. Encontrámos allí calor y poesía, luz, emoción y gracia. Cristianísima y conservadora, carente de toda mojigatería taciturna, la sociedad de Yarumal es alegre y pulcra, cortés y espontánea. Mujeres bellas y clarísimas la perfuman.

Y ahora ¿cómo nos bajamos de este altzano? El automóvil se resiste a la vertical, pero la vertical se lo engulle. La carretera empezó a gritar:

—¡Cuidado! ¡Cuidado!

Nos descuidamos buenamente. Luis Enrique Osorio llamó a Yarumal la Ciudad-Reta-

blo. La dejámos ahí, pegada a sus cerros. La sinfonía de la perpendicular esculpida en la cordillera.

Largo camino de curvas y pendientes.

—En esta casita que tú ves, enloqueció Epifanio Mejía. Se bajaba al río y se ponía a conversar con un hada.

Los llanos de Cuivá complementan a Santa Rosa, que es una ciudad teologal, con castizo ambiente de Seminario.

—Esta es la casa de campo del general Berrío. Aquí se respira buen sentido y oxígeno.

Hoyorrico, Donmatías, Matasano. Poblaciones y ventas. Gentes y animales. Desafuero de gallinas y perros. Macetas de flores. Olor a anís y arepa caliente. Cinematógrafo barato. Vamos a descender al Aburrá. Brillan Barbosa y Copacabana. Es la noche franca de Antioquia.

Mientras escribo estas cuartillas bulle la Pascua. Flota en el aire como un vuelo de palomas, como una música.

**OBSERVACIONES SOBRE LA VIDA
ANTIOQUEÑA.
BOGOTA Y MEDELLIN.
UNA ANTITESIS.**

Charla en el Club Rotario de Medellín.

Doy muestra del espíritu Rotario más decidido al someterme a la prueba a que hoy me somete la hospitalidad y benevolencia de todos ustedes. Mi única arma de combate ha sido la máquina de escribir. Con ella me defiendo de los temas, muchas veces asesinandolos. Pero cuando se me concede la palabra, yo no la encuentro. Me siento inerte y desvalido. Esa sensación no me abandonó jamás, mientras asistí a la Cámara de Representantes. Yo le tuve siempre terror a la elocuencia de los demás, y me ahogaba dentro del ambiente parlamentario. Felizmente para mí, encuentro en el Rotario la sencillez y la afabilidad que estimulan a los hombres tímidos para la emisión de sus emociones o sus ideas.

Me comprometió el Dr. Vasco a disertar aquí sobre lo que pudiera llamarse las "Lagunas" de la vida antioqueña, a facturar aquellos hechos o costumbres que hubieran podido crispar desagradablemente mi sensibilidad de escritor-viajero. Ya que usted está haciendo el himno a Antioquia—fueron sus palabras—es bueno que en la intimidad de este Club nos diga cuanto aquí encuentre "desapacible". Yo prefiero darle un sesgo estratégico a esa tarea limitándome a anotar una serie de observaciones que he podido pescar con fraterno espíritu durante mi permanencia en Antioquia y cuya calificación me parece una empresa inútil.

"El Herald", con una generosidad espiritual que literalmente me apabulla, declaraba ayer que yo era el redescubridor de Antioquia. Este título, para mí tan honroso, me pondría en los trances más estupendos. Lo que se ha venido llamando el redescubrimiento de los pueblos es una aventura intelectual para la cual no estoy preparado. Son muy pocos los que, como el Conde de Keyserling, pueden preciar de que captan la psicología de un país con la sola acción de la óptica. No hay nada que se esconda tanto a la observación del hombre común como el alma de un pueblo. A este propósito, me contaba Eduardo Santos esta

historia que es una tesis. André Maurois es uno de los escritores no ingleses que conocen con mayor profundidad la vida británica. Ha vivido largas temporadas en Inglaterra, domina su literatura, su política, sus costumbres. Ha trazado la biografía de sus más complicados espíritus: Disraeli, Shelley, Lord Byron. Para resumir, Maurois es una autoridad continental en "asuntos ingleses". Pues bien: en alguna ocasión Maurois disertaba en alguno de los salones de conferencias de París sobre ciertos aspectos de la vida británica. El auditorio, compuesto en su generalidad por franceses y por latino-americanos, estallaba de admiración ante el britanista. ¡Qué dominio del tema, qué golpe maestro de observación y de síntesis! Cuando la conferencia terminó, los ingleses que a ella habían asistido, hacían este único comentario, que pudo escuchar Eduardo Santos: "Este hombre no tiene ni la más leve malicia sobre la vida inglesa".

Se podrá decir que para un santandereano, como soy yo, no ofrece mayor dificultad el entender la espiritualidad antioqueña. No obstante, la dificultad es enorme. Y la vida insular, haciendo de Colombia un verdadero archipiélago. Cada comarca es una isla respecto de las otras comarcas. Ferrocarriles y carreteras

terminarán por unificar un poco más la fisonomía general de la Patria.

Se me ha pedido que formalice los defectos de Antioquia. Yo no estoy calificado para esta labor. Pero hay que caer en la cuenta de esto: los defectos y las virtudes de los pueblos son unos mismos. El valor del santandereano y la cacareada "frivolidad bogotana" son elementos de ruina y de salud, de prosperidad y de inclemencia. Constituyen modalidades sociales que tienen su anverso y su reverso. El sentido de la ética en Santander que le ha dado a la raza sus mejores blasones, que ha sido guardián del honor y motivo de estética, constituye, por la sobre dosis que algunos santandereanos le dan en su aplicación, un gravamen para su pueblo, para las generaciones en curso. Y esa "frivolidad bogotana", contra la cual se estrella la fornida agresividad de la tierra caliente, y que sin duda alguna bajo muchos aspectos constituye un estorbo en la vida capitalina, es también un elemento de civilización y de civilidad para la República. En Bogotá todo es lento y todo es relativo: las ideas y las citas, la retórica y la política. Esa tendencia al esfumino provoca la protesta del calentano, porque la encuentra disolvente. Pues bien: gracias a ese formidable esfumino de Bo-

gotá, que es el que rige la marcha de la política nacional, no nos devoramos unos a otros. Bogotá es una nevera dentro de la cual se ahogan las intemperancias de nuestro trópico. He aquí, cómo la "Frivolidad", que es una actitud de sonrisa ante el universo, puede ser y es una fuerza social de regulación y de cultura, de piedad y de métrica.

Lo que pudiera llamar más la atención en el viajero que por primera vez visita a Antioquia es que, muy al revés del bogotano, vive una vida "de para adentro". El bogotano vive en la calle, le da grande importancia a la calle, invierte muchas horas en el café, domina el arte exquisito de perder el tiempo. Desde este punto de vista es un madrileño. En Medellín la vida de la calle y de la esquina casi no existe. La calle es un lugar obligado del tránsito, pero no es, como en Bogotá, sitio de diversión y de esparcimiento, de vacancia y de tregua.

La manera como el antioqueño se ha visto obligado a enfrentarse a su medio físico, rígidamente inhóspito, el modo como ha tenido que edificar su vida económica, le han impuesto cierto ceño de preocupación, que se traduce en una atmósfera general para la convivencia antioqueña. Es una fachada de esquivez que a muchos desconcierta y tras de la cual se ocul-

tan los tesoros interiores de la hospitalidad y del hogar, centro vital de Antioquia. La preocupación por los negocios, que en Bogotá no se sale habitualmente de la oficina, preside la conversación antioqueña, mermándole los horizontes que debería tener dentro de un pueblo como éste, tan rico en color y en asuntos. Como fruto de ese mismo clima social se puede advertir en Medellín una absoluta disociación entre los elementos intelectuales. Esta ciudad que siempre ha sido habitada por los maestros de la literatura nacional, que le ha dado cuna a grandes empresas retóricas, que es hoy la sede de un movimiento político que puede cambiarle su fisonomía a la República, tiene grandes deberes mentales que cumplir en defensa de sus intereses más altos. Y se está viendo que hace falta el sentimiento de la confraternidad y de la cohesión entre aquellas clases intelectuales. Ayer no más, con motivo de la expedición de la Ordenanza que manda editar por cuenta del Departamento seis libros de autores antioqueños por año, se provocó una escaramuza estridente. Antioquia—decían los jóvenes universitarios de Antioquia—no tiene nada que editar y hay que evitarle esa vergüenza.

Síntoma inequívoco de esa anemia es el reducido tiraje de los diarios medellinenses. E-

se tiraje no guarda proporción alguna con el volumen de la vida antioqueña. Medellín tiene una radiación efectiva sobre una región densamente habitada, y habitada por una población letrada y rica. Manizales y Cali, proporciones guardadas, muestran una curiosidad intelectual mayor ante el curso de los hechos universales. Ya que estoy hablando de la prensa, y ya que dentro de esta reunión de rotarios hay sin duda quienes se sientan afiliados a la causa de la descentralización, me voy a permitir una anotación, que hago con el mejor espíritu crítico. Con frecuencia, dentro de ciertos diarios medellinenses, se da albergue a la peor literatura libelista contra Bogotá y el espíritu bogotano. No se ataca allí a la capital de un estado centralista, sino se ataca a la ciudad con un criterio de cazador de osos. Esas injurias a las mujeres de Bogotá, injurias que seguramente tienen una clientela, carecen de toda oportunidad y de toda razón y le quitan radio a la causa descentralista. Porque el público no puede entender que esa campaña de libelo anti-bogotano no sea "la música de una letra".

La descentralización es una tesis política o administrativa que se puede discutir dentro de la temperatura más pródiga, con el más terso de los lenguajes. Todos somos más o me-

nos centralistas, como somos más o menos descentralistas. Medellín, centro de una civilidad y de un espíritu público que son honra y prez del país, núcleo de inteligencia y de vitalidad portentosa, está obligada a hacer que sus voceros "conserven la línea" en esa campaña. Los enemigos reales de la descentralización no viven habitualmente en "Arrancaplumas" sino en ciertas zonas del occidente.

Quiero resumir mis observaciones en una sola. En alguna de mis crónicas literarias hice el elogio de Medellín, como un gran "descomplicadero". Yo necesitaba descomplicarme, y encontré en esta ciudad llena de luz una terapéutica. Bogotá—decía—es una enfermedad que se cura con la Playa y con el Poblado. Acaso Medellín pueda ser una enfermedad que se cure con el sepia de la sabana. Pero ustedes me han pedido franqueza, y yo he sido franco. Hay quienes en posición anímica distinta a la mía encuentran a Medellín demasiado "descomplicado". Entonces, lo que hay que darle a la vida de este medellinense es complicación, un poco de "toilette", un poco de "bluff", si ustedes quieren algo más de diversidad en lo exterior y en lo callejero. El hogar de Antioquia es una piscina de aguas azules. Allí se ha refugiado toda la fuerza y la coquetería de u-

na gran raza. La belleza, la virtud y la afabilidad de la mujer antioqueña, esplenden como diamantes dentro de ese cuadro gozoso, pero hay que llevar un poco de animación a la calle, porque la calle es la portada de la ciudad, la carátula de la organización ciudadana. Y esto es cuanto tenía que decir.

CARRUSEL ANTIOQUEÑO

Un Ministro de carreteras. — Un retrato de Efe Gómez. — El proteccionismo sí tiene paisajes.

La sala de redacción de los diarios de Medellín no sabe del estrépito nocturno de los diarios capitalinos. No hay aquí esa formidable carga a la bayoneta que un público voraz y sociable le impone al escritor bogotano. Voy a visitar a Tobón Quintero, el hombre de "El Heraldito de Antioquia". La noche es fresca y casi aldeana. No hay gente en la calle. De pronto escucho el silabeo de los linotipos. Aquí es. La redacción está anegada de luz eléctrica. Tobón Quintero está frente a su taza de café, rodeado de los paquetes de cigarrillos, cerca de un ventilador que es casi un pleonasmo. A mí se me espantarían las ideas y el pelo bajo es ventilador intervencionista. Dentro de un armario bastante explícito, en su charlatán tafilete rojo, brilla toda la colección de

“El Heraldó”, brilla el pensamiento imperial de Tobón Quintero.

—¿Tinto?

—Venga el tinto.

—¿Cigarrillos?

—Vengan los cigarrillos.

Hay un mapa feroz, todo congestionado de líneas rojas. Esas líneas rojas son las carreteras por construir, las carreteras de Tobón Quintero. Esgrime esa carta geográfica con el amor con que se iza una bandera. Me explica, mientras los dedos van navegando sobre el cartón, con voz religiosa:

Estos son los caminos de la defensa nacional, que no sólo residen en el Sur sino que se complementan en el Norte. Esta carretera que tú ves nos permitiría reírnos del verano del Magdalena, de sus seis meses de sequía. Esta otra va a fortalecer a Magangué, que es la llave militar de todo Colombia. Esta otra nos daría carbón para nuestros barcos. Y aquélla nos daría el dominio del Chocó y del Pacífico.

La guerra no se gana con la sola presencia de los cañones. Las carreteras son el respaldo de los ejércitos, la posibilidad de la victoria.

—Me parece muy bien, ¿pero dónde está la financiación de ese plan heroico?

—Ese plan es un plan pedrero. Estamos haciendo carreteras a un costo ínfimo. La crisis nos ha enseñado muchas cosas, y una de ellas es la de estirar el dinero.

Y nos ponemos a hablar de política. Cinco minutos después, dentro de esa charla política, comienzan a saltar carreteras y carreteras. “Tobón Quintero o la mística de la rueda”. Así se podría intitular un ensayo crítico. Para este hombre dulce y tenaz, la carretera es la cátedra nacional del liberalismo. Me parece que me va a decir quedamente:

—Por esta carreterita que tú ves, vamos a llevar ideas liberales a Sonsón, Jericó, Marinilla.

Le pregunto:

—¿Cuántas carreteras hay en esta colección de “El Heraldó”?

—Todas las que hoy nos están desembottando. Y además muchas otras, tal vez decenas de proyectos que no tuvieron su Ministro. Las carreteras son la animación de la economía y la cultura, de la civilidad y la buena política. Un camino tiene mayor poder cultural que una biblioteca.

Tobón Quintero se acaba de fumar su tercer paquete de cigarrillos. Dentro del humo, en la insinuación de la nicotina, se ven carreteras, carreteras y carreteras.

Pedro Nel Gómez ha hecho un retrato de Efe Gómez. Nos vamos a verlo. Hay qué ir a la casa del escritor; a la casa, que ya me es familiar, de don Efe. Hace una mañana de muselina. Una mañana que parece un producto de Fabricato. Sale don Efe a recibirnos, con su facha fresca de montañero.

—Vengo a ver su retrato, don Efe. Parece que Pedro Nel está muy orgulloso de su retrato.

Pedro Nel dice que sí, con los ojos que le fulgen bajo las lentes.

—Este hombre me reventó. Aquí estoy yo todo. Vea ese retrato. Es una ignominia.

Me puse a entender y lo entendí todo. Yo también tenía derecho a opinar.

—Ese retrato es un expediente criminal, mi querido don Efe. Aquí está usted. Aquí está el hombre de Titiribí, el hombre que una vez se compró una tienda, y se la bebió, en las

riberas del Cauca, de regreso de las montañas del Chocó “en la época de la plata”.

—Este hombre, este Pedro Nel, me dejó muy perro.

—Muy horrible.

—Pero muy yo.

—Sí, muy usted, don Efe.

Este retrato de Pedro Nel es una concepción a la vez geológica y psicológica de don Efe. Estas manchas de color, estos bigotes solferinos, estos labios de lapizlázuli, estos ojos de bermellón, interpretan toda la fuerza mineral de Efe Gómez. Minero y montañero, masticando su magnífica personalidad como un “betel”, parece una reverberación de Guipúzcoa, uno de aquellos hombres de ladrillo que pintó Valentín de Zubiaurre. Pedro Nel Gómez se ha superado en esta obra. Detrás del tumulto cromático está don Efe, el Efe del “Guayabo Negro” y del “Zarathustra Maicero”, el Efe que se rompió un brazo por estar buscando un tesoro, el Efe que nos ha invitado al Zancudo, el Efe descuadernado y genial, que nos decía la otra tarde:

—La descentralización es un gran error.

A este país hay qué darle carreteras y aguardiente bueno y barato. Así se entienden unos a otros. Y todo ello dentro de carcajadas sísmicas, con la cara llena de hemoglobinas.

—Este cuadro es una acusación casi judicial. No lo deje ver de la policía porque lo podrían llevar a la cárcel.

La descentralización no tiene paisaje, tuve la oportunidad de anotar en alguna crónica. El proteccionismo, en cambio, tiene paisaje. No es una tesis de economía, ni un motivo manchesteriano. En Antioquia, el proteccionismo es un panorama. Sobre él se edifica la riqueza y la independencia. Medellín no es un Nueva York. La ciudad es tranquila y queda. Pero de pronto caravanas de camiones cruzan las calles. Unos llevan driles, otros crespones, otros baldosines, otros cerveza. La producción fabril se hace sin estrépito. Obreras y máquinas, que trabajan de día y de noche, surten al país de textiles, de pañolones, de ropa íntima. Es la creación de una gran industria que vive bajo la techumbre del Arancel, que le da sabor y color al nacionalismo, que surte de alegría a todos estos valles. Desde Bello hasta Caldas, en la atmósfera cristalina, sin fragor, sin pendencia, bullen las fábricas. La crisis está fenecida. Antioquia suda y canta. Es el país

saje de la protección industrial que alimentan las aguas de Guadalupe, con el alimento portentoso del Horse Power.

Medellín, abril 18 de 1934.

CARRUSEL ANTIOQUEÑO

La canción de los telares.

Vamos por la carretera de Bello, cinta de charol que se estira por el Valle del Aburrá, dentro de un estilo de "cartolina postale". Medellín se queda atrás, como una visión de esmeralda, pero no la hemos dejado perder, cuando, sobre el horizonte de añil, se despunta Bello. Es la tierra de Suárez, cuya choza hay que visitar porque es un monumento a la democracia. Pero esta tarde es la tarde de la rueda y de la chimenea. Nos internamos dentro del Mánchester antioqueño.

Aquí está la fábrica del Hato, cuya instalación, "up-to-date", asombra al visitante. Vivimos dentro del reino del algodón, en Texas, en el Carmen de Bolívar y en Dabeiba. Nos imaginamos toda la antesala agrícola de estas ruedas, los algodones del Mississippi, dentro de los cuales nació la música de los "blues". Los copos blancos son el alimento de estas usi-

nas. Centenares, miles de bultos de algodón, sufren el proceso quirúrgico de las cardas, se integran en un viaje de sustos metálicos, dentro de un universo de peines, de cuchillas, de lanzaderas, cosmorama sajón, monosilábico y fulgurante.

La máquina es el asesinato de la retórica. En este salón agoniza el poder de Demóstenes. Trescientos telares y cincuenta obreras, dentro de la atmósfera esdrújula, le dan interpretación a la vida eléctrica. Este zumbido es la taquicardia de la civilización industrial, es el canto mineral de la Tecnocracia. Aquí no hay lugar a la controversia. Aquí no es posible discutir ni la filosofía ni los versos. Desaparece nuestro yo bajo los zarpazos mecánicos. Zumban los telares de Mánchester. Todos los telares de Lancashire, todos los telares del mundo. Creemos vivir los minutos luteranos de Inglaterra o de Massachussets, pero si asomamos la cabeza al campo exterior, nos encontramos con el cielo latino, salones y salones y máquinas. Las que hilan, las que peinan, las que someten el algodón a una fiscalía licenciosa. Las obreras sonríen dentro de ese rebaño de maquinarias.

Yo sudo mi incompreensión, que no basta

a desbaratar la cortés explicación del señor Gerente.

—Fíjese en el trabajo de esa máquina. Es el modelo de este año.

Habituado a la concepción literaria del universo, pienso que esa máquina portentosa, no pasa de ser un linotipo para hacer driles. Cada yarda de dril es un editorial contra el librecambio. La techumbre de estos talleres no es de teja metálica ni de vidrio: es la techumbre de la Aduana proteccionista.

Ruanas, manteles, sobre-camas, camisetas, toallas, crespones. Es un río de color que va cursando desde el telar hasta la prensa, desde el depósito de algodón hasta la sala de los empaques, y de ahí, revive la marcha. Es la expansión industrial de Antioquia, que radia desde Medellín hasta el Táchira, hasta Urabá, hasta Tumaco, a través de media República.

Estos señores fabricantes comienzan a jugar ajedrez con los Sindicatos. Antes de que éstos les redacten el pliego de peticiones, erigen sus clubes y sus clínicas, sus restaurantes, sus bibliotecas, toda una serie de confort y de protección para los obreros. Para los obreros y las obreras. Bello es la sede de una población de muchachas. Son las hijas del Algodón, son

la Canción del Algodón, las que le dan música. Terminada la labor, se disgregan en lentos grupos. Hay casitas blancas en los cerros y en las cañadas. Hay una chimenea de ladrillo bermellón que interroga al cielo. El Ferrocarril pasa jadeando hacia Medellín. Los camiones se van copiosos de telas. Llega la noche ecuatorial. La noche de la romanza y de las estrellas. Bello vuelve a ser la patria de Suárez, el anti-Mánchester. Como en el poema de Hugo, bajo las bocanadas tibias del Angelus, "la hora de la conciencia y del pensar profundo" anega la vida.

Al regresar a Medellín, aún teníamos la impresión del telar eléctrico. De sus mandíbulas de tiburón, afiladas como relámpagos, nace el poema filarmónico de la manta. El algodón es la piedad y es el canto.

Mi amigo el minero.

Mi amigo, el minero, se llama Daniel y se ha dejado crecer las barbas. Se las ha dejado crecer dentro de un espíritu panfletario, para asustar al salón y a la calle. Espíritu fino y burlón, labrado por el buril de la inteligencia, por el mordisco de los viajes y de los puertos, mi amigo Daniel quiere hacer el bárbaro. Se

ha marchado a la mina, que es la réplica al Club, al madrigal y a la indiferencia. La mina es el aprendizaje del tono épico.

Se va a la mina para hacer oro, o para demostrar que se es hombre. Esa es una demostración que hay que hacer por prurito estético. Las legiones de aventureros que fueron a la conquista de California, representaron una reacción contra la fatiga nacional dentro de los Estados Unidos. El General Sutter, cantado por Blaise Cendrars en las páginas sustanciosas de "El Oro", no deja de ser un poeta.

Daniel regresa a Medellín, después de seis meses de minería. Porta las barbas doctrinarias y fabulosas. Viene del folletín, de la presa, del azar y de la aventura. Ese hombre—dice la gente—va a ser uno de los más grandes ricos de Antioquia.

Ante una taza de té y ante los ojos de una muchacha, pierde el minero el gusto a la mina. Las barbas le parecen superfluas, pero es necesario llevarlas, porque son una tesis y una bandera. Daniel se va a su campamento de Yolombó murmurando contra sí mismo. Y acaso llega a pensar que la conquista del oro es una falacia. Hay otras cosas en la vida: esos ojos de mujer vistos a través de la tarde medellinense.

Dos días después, en la media noche, de regreso de Yolombó, salta un hombre de un automóvil. Es Daniel, mi amigo el minero. Viene acompañado de dos amigos, de seis músicos. No ha podido resistir la vida en salmuera. Las barbas se le ponen románticas. Vamos al Club, mientras se ensaya la serenata; dos horas después esa serenata llora en la noche.

La calle es fresca, con luna, y con árboles. Al pie de una ventana ecuatorial, se amotina la lírica de los tiples. Mi amigo está en pie, frente a la ventana. El minero se ha dejado cazar con barbas y todo...

Medellín, abril 24 de 1934.

ROTARISMO SIN IMPORTANCIA

Mi querido Lenc:

Te contesto ahora el telegrama de Sogamoso, que firmaron contigo tus egregios compañeros de viaje: Alberto Pumarejo, Aníbal Badel, Salvador Iglesias, Héctor José y Odilio Vargas, y el eufórico Carlín, ese sueco de Barranquilla. Diagnostiqué muy exactamente: se trataba de un "week-end" y algo de rotarismo. Un fitty-fitty de Chicago y de Sogamoso. Me detallas el "menú" de la fiesta: comida, bebida y cigarrillos, conversación, risa y horizontes. Para usar un término feliz de un amigo valenciano, Rogerio Arcuza, estás muy "gozado", (hay que pronunciar muy bien esa zeta).

Creí que ibas a rotarizar el paisaje de Boyacá, produciendo la protesta de Edmundo Rico. Te ha cogido ese paisaje como a una mosca. Pretendes conmovirme con tu Tota y tu Pueblo Viejo. Soy insensible a las descripcio-

nes, totalmente insensible a las descripciones. Pero a mi regreso a Bogotá, nos iremos de romería. Serás, si así lo quieres, mi cicerone.

Te has especializado en escenas de paraíso. Una vez te bañaste con platón y totuma en el Putumayo, y lo supieron todas las señoras del país, sin excluir a las coreguajes. Te bañaste a la intemperie nacional, con la intención de hacer un escándalo. Asustaste a los temblones y a las rayas. Ahora nos entregas a Carlín Gerlein dentro del nudismo más torrencial, en una improvisación dionisiaca. Lo presentas como una cereza, dentro de la copa de la laguna. Incluyo ese regocijo dentro del capítulo de "horizontes", ya que no se puede catalogar entre las "bebidas".

No pretenderás que pongamos a discutir el horizonte de Boyacá con el horizonte de Antioquia. Yo no te hago "fieros" con nada, pero me siento diluir dentro de estos valles azules. Si vinieras por aquí ¡cuán feliz serías! Tengo estos programas por desarrollar dentro de un semestre: Paseo a Bolombolo y a La Pintada; excursión a la gran hidro-eléctrica de Guadalupe; jira al río Cauca por Antioquia, con prolongación a toda la Carretera al Mar, hasta Cañasgordas; viaje a Turbo; la semana de Marinilla y de Ríonegro; la semana del Porce; vi-

sita al "Zancudo"; aterrizaje en la mina de Daniel Peláez, cerca a Yolombó y de una botella de whisky; Sonsón, con todo Gutiérrez González; el Ríonegro y el Santuario del General Córdoba; cafetales, pescas, cacerías y otras cosas. Y tú metido en la Calle Real, insigne coleccionista de chistes malos...

Yo también te leo con deleite. Te "salió" muy bien la historia del Cardenal Benlloch, del cura de Turbó y del doctor José Joaquín Casas. Con esa historia pretendes insinuar que aspiro a ser un cacique del Rotario. Exageraciones de tu niñez, travesuras del gamín que llevas en el corazón y que no se duerme.

No quiero ser tu José Joaquín Casas, mi querido cura de Turbó. Conserva tu posición vertical, sigue siendo el pisa-papeles, gentilísimo de todas mis intemperancias y demasías. Tírame las orejas. Dispara sobre mí la artillería de tus chistes. De ese modo, vamos viviendo. A la vida hay qué tirarle pedradas, cortezas de limón, cabos de cigarro. Pero un bello día de estos envejecemos frente a la copa, frente al libro, frente al humo del cigarrillo, frente a los ojos de la mujer a quien amamos. No importa. Hay qué rodar por el grande escenario con la intrascendencia del carrusel, de ese auto-carrusel que somos nosotros.

Nos veremos en Bogotá cuando el año termine. Será en la bella luz de diciembre. Por la época de los villancicos y de los buñuelos. E iremos al Rotario. Charlaré sobre mi colección de paisajes, sobre la Antioquia que he vivido y amado, sobre todos esos horizontes de nácar, dentro de los cuales he echado a triscar mi sexta juventud, mi primer otoño.

No te vayas a poner melancólico.

Te abraza,

Jaime Barrera Parra

Medellín, abril 25 de 1934.

CARRUSEL ANTIOQUEÑO

Revisión del paisaje medellinense.

Empecé a enrojecer con una taza de té en la mano. Me encontraba en el Centro de Estudios de Medellín, entre treinta damas de la más alta categoría, la más pura aristocracia intelectual y social de Antioquia. Me dice doña Teresa Santamaría de González:

—Jaime, lo felicito por su crónica sobre la Semana Santa de Yarumal. Al fin está usted entendiendo a Antioquia. Al fin nos está usted viendo.

—Ese “al fin” ¿qué quiere decir, Teresa?

—Ese “al fin” quiere decir que usted ni nos entendió ni nos vió al principio de su temporada antioqueña. Antioquia se rió de usted un par de semanas.

Me lo decía una de las más bellas fuerzas intelectuales de la feminidad colombiana, una de las mujeres más capacitadas para la críti-

ca. El salón empezó a bailarme dentro de mi taza de té. Mis amigas de Medellín ¿qué se habían hecho? ¿Helena, Inés, Aura?

—Pero entendámonos, Teresa; yo acepto su descalificación pero no la comprendo mucho. ¿Qué fué lo que yo no ví, qué fué lo que yo no entendí? ¿Qué fué lo que las ha hecho reír de mis páginas?

—Usted nos dió un Medellín barnizadito, absolutamente barnizadito, todo verde, todo azul, todo lila. Usted no se dió cuenta de que este paisaje es adusto, de que toda Antioquia es adusta; mire, Jaime, esos cerros. No hay nada más ocre. Sólo el valle es fértil. Usted tenía la obsesión de la esmeralda. Esa esmeralda es un sofisma. Pero tómese su té, que ya debe estar frío.

—Es usted la mujer más terrible del mundo. ¿Qué hago yo ahora con toda esa colección de tarjetas postales equivocadas que he venido haciendo?

—No se ponga trágico. Su viaje a Yarumal lo salvó. Ya habrá tiempo de hacer tarjetas postales con su colorido verídico. Usted ya nos está viendo, se ha dejado coger “al fin” de la realidad antioqueña.

Tres días después, le dí toda la razón a

doña Teresa Santamaría de González. Nos invitó Lázaro Restrepo a su casa de Aranjuez, a su “Barranco de Arizona”. Es sobre un auténtico barranco y sobre una Arizona traducida del inglés, con acompañamiento de tiple. Era un domingo de altos júbilos zenitales. El cielo nos clarificaba el espíritu. Me asomé sobre aquel paisaje que era necesario revisar, y lo revisé en diez minutos. Era la Antioquia de esmeril, sin vegetación y sin ternura; la Antioquia que tuvo qué echarse trescientas mil hachas al hombro para salir a la Cordillera Occidental, para colonizar el Quindío, para abrirse todos los caminos de la República. Dentro de ese panorama manchego, la esmeralda viva de Medellín era bien exigua.

Ayer no más reanudé el diálogo con Teresa:

—Tenía usted razón: esa Antioquia pintarrajeada que tanto le disgustó a usted era todo un fraude. Yo he resultado un mal fotógrafo. Y esa maquinita de retratar que era el único tesoro de mi carrera, me ha llenado de desprestigio. Pero voy a escribir una nueva crónica, “La revisión del paisaje medellinense”.

—No. Eso no es el título. La revisión del paisaje antioqueño, si usted lo prefiere, Jaime.

me. Reaccione contra el prejuicio de una Antioquia de mil colores. Los colores los lleva usted dentro de sí mismo. Hay qué insistir sobre la penuria botánica de esas tierras que explican el panorama psicológico, que le harán comprender a usted todo lo que ha sido de épica la lucha del antioqueño contra el bastidor físico. Por eso tantos hombres tienen qué dejar estos valles y estas montañas. Centenares de miles de antioqueños, distribuidos sobre la superficie nacional, pregonan el vigor de la raza, triunfan en las industrias y en la organización de múltiples negocios y empresas. Un día tuvieron qué irse. Vea usted estas casas, estos hogares: tres, cuatro, cinco, seis, ocho mujeres y uno o dos hombres. Unos andan por Santander, otros por el Cauca y otros por el Tolima.

—Y otros, Teresa, naufragan de placer en las calles de Bogotá, rigen los Bancos, las grandes directivas, viven como príncipes y adornan el espíritu bogotano.

Se iniciaba una pequeña polémica ante una taza de té, porque nos habíamos vuelto a encontrar en el Centro de Estudios de Medellín, a donde me llevaba la gentileza inagotable de mis amigas, Aura, Helena, Teresa, Emilia. Tenía que hablar ante una treintena de

damas que iban a revisar mis chambonadas de cronista.

—Te vas a meter a la “Cueva de los Leones”, me había dicho un amigo despampanante.

La “Cueva de los Leones”, de la cual hablaré más tarde, es uno de los Centros de mayor animación espiritual que puedan enorgullecera a Colombia.

—Teresa, mi paisaje de Medellín está “revisado”.

Medellín, mayo 3 de 1934.

CARRUSEL ANTIOQUEÑO

La loza de Caldas.

Mientras los telares de Bello se alimentan con algodón, Caldas convierte en loza minas de greda. Es dentro de un paisaje fluvial, porque en Caldas la llovizna hace parte del panorama. A veces da la impresión de que viene de Bolombolo, en tren de segunda. La deja en la Estación del Ferrocarril y ella se emancipa. Se echa a saltar como un juguete meteorológico. Da la impresión de un espectáculo artificial, de una treta agrícola. Los campos viven verdes y frescos.

La loza de Caldas no nació con la etapa proteccionista. El Arancel no la defiende de la invasión inglesa y danesa. Se trata de una industria casi aborígen, dentro de la cual comienza a arder un espíritu. La loza va a ser todo un episodio nacionalista. Dentro de la locería actual, la máquina sobra. Sobra o falta, pero no existe. A no ser unas pequeñas farsas

mecánicas—moldes de madera, ruedas y tornos que caen bajo la comprensión de los niños. Si las cardadoras de Bello nos electrifican el alma, la locería nos la infantiliza. Nos hace pensar en la alborada industrial, sin picotear aún por el socialismo.

Dentro de esas salas de Caldas se puede llevar con perfecta tranquilidad una miocarditis. No hay nada aquí que nos asuste, no hay nada que nos hostilice los nervios. Dentro de una casa vieja y cordial se alberga la fábrica. De la greda a la loza no hay la distancia material que separa la paca de algodón de la camiseta. El proceso de la alfarería no es tan minucioso, ni tan espectacular, ni tan aguerrido. El factor humano no se esconde bajo la rueda. Hay una condición personal dentro del taller. La mano y el ojo se conjugan para la obra.

Pintan la loza las obreras, las obreras que visten de claro. Pintan la loza sin estrépito, con las cabezas en ansiedad sobre la tarea. El fuerte de la producción industrial es la vajilla sin pretensiones, la que se ornamenta con florecillas elementales. Los pinceles van pintando los tréboles, los dados, de color de guerrilla de los mosaicos. Las manos vuelan como pájaros. Una obrerita de Caldas, pinta trescientos o cuatrocientos platos al día.

La loza cruda y la loza cocida no suscitan una descripción literaria. Ahí en los corredores está el barro blanco, el barro barcino, trozos de la cordillera, como el oro, como la huella. Los hornos se encienden con sus llamas nítidas y dogmáticas. Despiertan la visión del infierno, de aquél infierno de cromolitografía licenciosa que nos espantó en los inolvidables días de la infancia. Los obreros, como en los poemas ingleses, tienen el rostro ennoblecido por el hollín, por el halo súbito del incendio. La loza y el pan son hermanos, son los prisioneros del horno. La harina y la greda no adquieren la sociabilidad sino bajo el fuego.

Un día se pusieron a discutir Gandhi y Ford sobre la bondad de la máquina. El apóstol hindú quería que la vida contemporánea diera un salto atrás, hasta la civilización manual, hasta el uso de los ancestros. Habría que desmontar toda la batería fabril de Inglaterra para que el problema de la desocupación no la devorara. Ford, hombre de su siglo, pedía la maquinización total de la industria. Era el pensamiento oriental frente al pensamiento del occidente. Recorriendo estas locerías antioqueñas, tan tiernas aún como realización industrial, pero tan dueñas de un inmediato porvenir económico, quisiera uno detener el impe-

rio de la polea. A pesar de su dulce primitivismo, Caldas surte de loza a media República, y todo ello dentro de una producción silenciosa, que enmarca un ambiente lúcido de poema.

En los cuartos claros, las obreras que visiten de claro, pintan la loza. Hay algo de su corazón en las florecillas que van pintando. Esas florecillas son todo un paisaje sentimental y dentro de él retoza la raza.

Ahora la industria va a asumir una tarea de mayor ambición y vuelo. Empieza a surgir el decorador de vajillas ricas, ya no el artesano sino el artista. Hay amplios prospectos autóctonos. Sobre la loza se puede esgrimir la interpretación de la vida nacional en anchos capítulos. En estos momentos los hornos de Caldas cuecen unos platos egregios, pintados con religiosa intención por Pepe Mejía.

Antioquia le va a declarar la guerra a Copenhague. Es necesario batir a la porcelana, derrocar el reinado de Sevres. Pero la locería necesita protección, como todas las industrias de la República. Mucho más ésta, que apenas comienza a trotar, y ya tiene espíritu.

Vajillas coloniales, relámpagos de la vida nacional destinadas a gritar nuestra fé nacionalista dentro de los "side-boards" y desde los

muros de los salones. Platos "firmados", presuntuosos, que destilen sobre la vacuidad de nuestra elegancia de importación el sentido místico de la tierra.

Sobre estos platos, hechos con la greda de las montañas, ágiles para rodar por hoteles y por posadas, por clubes y villas, hay un margen de edificación espiritual que sería insensato desconocer o menospreciar, porque es una fuerza.

Si la canción de la seda es una plegaria, la canción de la loza puede ser una Marsellesa. La Marsellesa nacional que nos redima de lo extranjero y de lo exótico.

Medellín, mayo 4 de 1934.

EL PAISAJE MINERAL EL PAISAJE BOTANICO

Mi querido Mario del Corral:

Publicó tu carta "El Heraldó" y te la contesto ahora mismo. La ventana zumba de luz sobre las ceibas métricas de "La Playa". Los tejados brillan con el resplandor de la esmeralda. Este es el paisaje que yo adoro y que tú defiendes. En esta vez, mi querido amigo Mario del Corral, no me has entendido. Yo no me he retractado, como crees, de mi admiración por este paisaje. Me limité a corregir una defectuosa litografía. Medellín no es sólo esmeralda: es también topacio. Sobre la opulencia botánica de su Valle, cuyo poder de atracción me embargó los ojos, se alza la angustia mineral de las cordilleras. Pero esa angustia es también luz y es también belleza.

He visto a la ciudad desde las colinas. Desde la Carretera al Mar, desde Santa Helena, desde el Boquerón, desde la "Montaña",

desde Aranjuez, desde la terraza de la Escuela Normal, desde el Morro del Salvador, desde mi agujero. La franja tierna se estira dentro de un bostezo vegetal, desde el Poblado hasta Robledo; pero sobre la magnificencia de este tapiz cabalgan reverberaciones de ladrillo y de lapizlázuli. La gula óptica con que yo devoré este Valle de Aburrá no me permitió capturar su fondo amarillo. Este fondo amarillo, bastidor de una Antioquia minera y augusta, fué el que me reclamó Teresita Santamaría de González, y ello no por el prurito cromático sino como explicación de la geografía espiritual de un pueblo. Los lejanos farallones inhóspitos explican la colonización del Quindío. La pobreza agrícola de ciertas regiones ayuda a la interpretación del carácter, manchego y sobrio. La Antioquia minera dialoga con la Antioquia campestre desde sus sillares geológicos. La distribución del color no depende del estado sentimental sino de la propia naturaleza. A través de la esmeralda de Nerón, hasta los incendios son verdes.

Ahora vive este pueblo un gran espíritu y es la restauración de la minería. Conoces la historia de mi amigo Daniel Peláez, que se dejó crecer las barbas ubérrimas? Regresó anoche de Yolombó como de una novela califor-

niana. Regresó a Medellín con sus cincuenta y siete libras de oro. Ese oro no se extrae de la égloga como el maíz cantado por las geórgicas de Gregorio, sino que es el relámpago de la tierra.

Dentro de mi colección de postales no tengo a Sonsón ni tengo a Urrao. Pero tengo a Santa Rosa de Osos, que es una ciudad con ambiente castizo, de seminario, desnuda de toda fruslería tropical, propicia a las disciplinas teológicas. ¿Qué vamos a hacer, mi querido amigo Mario del Corral, si Antioquia es tan vasta y es tan diversa? No podemos uniformar sus proskenios. Hay el proskenio del cafetal, y hay el proskenio del aluvión, y hay el proskenio del río y de la pesca. Cada cual tiene su "toilette", su idioma y su canto. La standarización del paisaje es un imposible.

Es noble ver la vida a través de unos ojos bellos, pero la lente de las kodak es impasible. En estos días, Pedro Nel Gómez hace un retrato de Inés Greiffenstein. Pedro Nel es la reacción contra la lente anaglífica, contra todas las kodakerías ambulantes. Dentro de la tela asombra. Inés no es la dama que figura en la Tarjeta de Identidad, del muy venerable Ministerio de Correos y Telégrafos, sino la Inés de la Escuela de Minas, toda una alma de mu-

jer distinguida sobre un panorama voltaico. ¿Qué hago yo con mi fotografía periodística? Frente a mí, con insurgencias de metal, chispea una guerrilla de barrancos en la montaña. Los quisiera escribir en tinta violeta, pero falsificaría la verdad visual a mansalva y sobre seguro.

Has de venir a Medellín muy en breve. Nos iremos una tarde de añil y de azafrán hasta el Club Campestre. Es la gracia del prado inglés, vacunado por la risa de cristal de las antioqueñas. En los "links" los rasurados señores del Golf completan sus "hoyos". La piscina y el trampolín reclutan el cielo. Comienzan a caer las estrellas sobre la falacia del agua. Vamos al salón a beber el cocktail o la taza de té, si así lo prefieres. No hallámos qué hacer con este calor trashumante. Salimos a la terraza del Club, todos purpurinos, todos azules. La vida—decimos—es un gran baile de disfraz, es una escaramuza de joyería. Pero llega la noche y se lleva todo. Nos quedamos esculpados sobre nuestras propias anatomías, sin más luz que la que llevamos en el espíritu.

La acuarela muere bajo el reino del agua-fuerte.

La belleza mineral es también belleza. No es esa esponja maternal que refresca las re-

tinas en los dulces crepúsculos del Poblado. Allí todo se acomoda a la sed del hombre: la arquitectura y la montaña. La naturaleza nos hace arrodillar sobre la pradera como sobre un terciopelo doméstico. En la mina los hombres están de pie, prolongando las verticales geológicas, dentro de un cuadro sin suculencia.

Yo no conozco los grandes escenarios del oro. Veo llegar a Medellín a los mineros y a los místeres, leo las estadísticas de la producción, me entero del movimiento de la casa de moneda medellínense. Leo los cuentos de Efe Gómez, que es un minero y que me ha invitado a Titiribí cuyos hornos se encienden en las fiestas épicas de "El Zancudo". Pero sé que el oro tiene una "mise en scene" que no es la Costa Azul, ni las Playas de California.

Yo no me he "retractado" así de mis embelesos. Me he limitado a rectificar un error visual, a incluir dentro del mosaico antioqueño el ocre y el sepia, las subafluencias dramáticas de un mundo mineral que no pueden destruir ni tu corazón, ni la casita de Gutiérrez González. Ves relampaguear la cordillera en el Sinaí de la Cimitarra? Es la mina. Es el azufre, o es el oro, o es el asfalto. Es dentro de un marco natural que no tiene arruga. Ves re-

lampaguear el carácter y el genio de Antioquia en cien empresas y en mil aventuras? Ese carácter y ese genio son hijos de una raza que no ha conocido la horizontal y ha tenido que vivir en pie, fortificando sus piernas de basalto. No endominguemos el paisaje antioqueño, mi querido Mario del Corral. No lo endominguemos.

Medellín, mayo 8-1934.

VERTICALES Y HORIZONTALES

EL LIMON Y EL RETIRO

El Ferrocarril se mete dentro del túnel con un ronco jadeo de perro. Después de haber vomitado su hollín sobre el Valle del Aburrá, gozoso de aceites y de almíbares, se deja atrapar las orejas por los garfios de la montaña. El Porce va cargado de oro. En la Casa de Moneda de Medellín se compendia el alma del río. La Quiebra convierte el panorama natural en un espectáculo. Nos sentimos dentro de una Suiza insolente, sin domar aún por la hotelería y el turismo. Todo aparece vivaz dentro de la calcomanía portentosa, colgada sobre los bostezos del precipicio. El túnel es el intermedio cromático. Es como una bofetada de calicanto que le da la ingeniería al vitascopio. Nos metemos dentro del riñón de la cordillera. Percibimos su peso brutal que nos cae sobre el corazón en lentas asfixias. El túnel es el aprendizaje de la inconsciencia. Vamos respirando mineral iluminados por el flu-

jo de Guadalupe. No falta quien haga consideraciones horripilantes sobre los peligros del túnel. La locomotora es insensible a esas precauciones. Los rieles brillan con relámpagos de charol dentro de la zozobra nocturna. Luego llega la luz, como un machetazo. Estamos en el Limón, al otro lado de la muerte.

—Señoras y señores: ¿cómo les parece el experimento?

El Limón salta de la jeta voraz como una escena de prestidigitación, rigurosamente científica. Es el regreso a la óptica y a la lógica. Desde allí se ve la Creación como en los álbums infantiles. Todo se aglomera en la visión porque falta la superficie. Dentro de una vertical epiléptica se alza el rascacielo mágico de la vida. El Limón es una factura. Aquí está la casita azul, con las enredaderas moradas. En la puerta está la muchacha, la muchacha impersonal que no tiene nombre. La que atraviesa el lampo histórico como una fuerza de piedad, dando retoños y canciones. Y sobre la casa empieza la cuesta. Sobre el tejado bermellón detona una vaca. Es la vaca que hemos visto pasear en cien mil "affiches", la vaca que anuncia los caramelos, la harina láctea, los quesos de Holanda. Más arriba, sobre la perpendicular, está el perro, ese perro que

deambula desde el descubrimiento de América junto al hombre y junto a la choza. Y el paisaje vuelve a empezar, dentro de una monotonía sosegada. Sobre el perro apunta otra casa. Sobre la casa está la vaca. Y luego el can, y la mujer y la enredadera. Este cuadro no tiene dosis. Da la falsa noción de que se puede vivir en un muro. Es la representación mural del ferrocarril y de la expansión antioqueña. Es el mismo cuadro que pintara Pedro Nel Gómez para dar la perspectiva de la colonización, que no fué una aventura horizontal, sino la apoteosis de La Escalera. Lo que vemos desde el Limón es esa escalera. Por ahí pasó Cisneros, con sus botas de cuero amargo. La estatua del "pionner" que refresca en su plaza de Medellín el recuerdo de su ímpetu y de su época, debería estar clavada en la cima de la montaña.

Mediante esta acumulación de figuras que habitan el rascacielos vegetal, el Limón es un gran mirador hacia el campo histórico. Esto que vemos no es sólo actualidad, es también pasado. Y entendemos entonces los capítulos de una historia: "Cisneros y su tiempo", "Berrío, el mayor", "El paludismo", "El martirologio del Ferrocarril", "Los muertos del Nus y del Porce".

—Señor, ya viene el tren de Puerto Berrio.

Me asomo sobre la acuarela de un valle estrecho. En la distancia y en el atardecer fulgura Cisneros. Viene el tren, culebreando por la hondonada. Lleva con dignidad su penacho de humo patético. Ese penacho ha sido un índice. A ese penacho se asoma Antioquia.

De regreso a Medellín, deseando la diversión cinematográfica, nos dejamos todos engullir por el túnel de la Quiebra. Se queda Limón tiritando de colores entre la tarde, con sus casitas empinadas sobre los cerros, con sus muchachas en las puertas de las casitas, con las vacas sobre el humo de las cocinas, con sus perros sobre las vacas.

* *
*

Sobre la colina feraz, empinada sobre el Ríonegro, duerme su sueño de eternidad José María Córdova. Ese monumento es un grito. Grita la piedra un apóstrofe tumultuoso. Todos nos ponemos a temblar de humildad ante ese regaño. Acaso, si pegáramos la oreja a la tierra fértil, escucháramos las fusilerías de Ayacucho. Y es inevitable pensar que el Héroe se murió para siempre, y que las cenizas de Cór-

dova están heladas. Sobre este promontorio natural sopla el viento histórico. Ese viento, cargado de laurel y de mármol, es el único que melancoliza este paraíso. Bajo el tumulto funerario se abre el abanico voluptuoso de una sabana.

Atravesamos a Ríonegro sin detenernos, porque vamos de prisa, porque vamos para el Retiro. Otro día vendremos allí para visitar la ciudad ilustre. Es día de fiesta y hace frío. Se entrega el automóvil a una carretera de plata. Volvemos a vivir la horizontal dentro del anfiteatro de las montañas. Creemos ir rondando por una égloga, por una de aquellas Galicias que cantara Valle Inclán con su prosa sávida. La carretera de Ríonegro al Retiro es de una inspiración literaria. El río es de una dulzura evangélica. Y como en los cromos antiguos, vemos escenas de pescadores y de barcas. Y hay puentes con techumbres y tejas pardas, y hay ventas donde se detienen cazadores y campesinos. Y todo es primordial, salvo el automóvil. Una naturaleza jubilosa zurce su fiesta. Es el júbilo de la luz disuelta sobre el alma del hombre. Es el reposo de la horizontal, es el reaprendizaje de la ternura. Todo aquí es explícito para justificar la alegría. Habría que ir a pie por estos caminos pascuales, captando con las plantas desnudas todo el regocijo botánico de

la tierra. Si el Porce es la crueldad, esta meseta de Ríonegro es la dulcedumbre. No obstante, es dentro de este bastidor azul del oriente antioqueño, donde la raza ha sido más épica. Ríonegro y Marinilla, como el Santuario y el Retiro, tienen una tradición de valor y blasones bélicos.

No hay nada dentro de este suave altiplano que pueda azuzar a la mística de la sangre. No hay nada aquí que colabore en la formación temporal de los héroes. En este proscenio rural, pleno de una unción religiosa, sólo es fácil comprender la batalla de las cosechas. Y al hacernos esta reflexión circumspecta vemos que sobre el mango rústico de un arado, como advenido de la antigüedad virgiliana, lanza su canción feliz un jilguero.

El Retiro, cuna de antioqueños insignes y de mujeres bellas, todo incrustado dentro de un ambiente de terciopelo y de cristal, es uno de los pocos edenes que aún subsisten en el mundo contemporáneo.

Medellín, mayo 18 de 1934.

VILLA SILVIA

Tulio Medina, arquitecto de la Escuela de Liverpool, y uno de los capitanes mas avisados del florecimiento industrial de Antioquia, demostró ser el primer humorista de la República, cuando construyó a Villa Silvia. Villa Silvia es un epigrama. Es la sátira arquitectónica más radiante. En estos días de calor venal, dentro de su escolta de árboles, ruge el bermellón en el techo de Villa Silvia. Apenas se le ve desde el automóvil cuando vamos por la carretera al Mar, en las goteras de Medellín y de Robledo. Entonces nos parece un poema. Es la casita toda roja dentro de la arboleda toda verde. Es un diálogo de anilinas declamatorias que produce emoción y risa. Es un juguete y no lo es, pero no dejará de serlo.

La pequeña Silvia Medina, hija de un arquitecto de Liverpool, que es al mismo tiempo un rico industrial, es la propietaria de este juguete. Cuando Jorge Eliécer Gaitán, cuyo retrato rige el mundo de Silvia, vuelva a estas monta-

ñas de color, será albergado en este refugio. Villa Silvia costó ciento veinte pesos. Es un palacio de dos piezas, nada más, pero dentro de él cabe el mundo. Es una casa para niñas, imaginamos, pero ha demostrado ser algo más que eso, toda una residencia campestre. En Villa Silvia se puede descabezar un week-end, reunir una convención unirista. Porque la pequeña Silvia es una legionaria de la Unir, como su padre, que es arquitecto y humorista.

En la salita de azafrán hay unos cuantos muebles de cuero. No es el mobiliario de Piel de Rusia sino un becerro del trópico. La victrola es epicentro de la salita. Cuadros y papeles de colgadura le dan tesis a Villa Silvia. Son las ilustraciones de un cosmos infantil, el de Grimm, el de Andersen, el de Pombo. Ese cosmos fresco y eterno del cual saltan gatos y osos, insectos y fieras, todo es allí deliberadamente chillón, porque Villa Silvia es un desafío. Es un reto a Wall Street y a los ascensores, a los himalayas de cemento y acero que entristecen las babilonias.

Hay en Villa Silvia luz y paisaje, y además hay cocina eléctrica. En el pequeño aparador refulgen los platos de Caldas, desde el corredor se ve a Medellín en su extremo norte. Música, cocina y ambiente. Todo dentro de este universo burlón de seis u ocho metros cua-

drados. Para inaugurar su casa juguete, Silvia dió una recepción vespertina. Toda la "manga" de terciopelo charlatán se cubrió de niños. Parecían escapados de los propios cuentos de Silvia, de los muros y los cuadros del palacete. Cuarenta chiquillos incendiaron con sus cabezas de azabache y de oro los pomares y los guayabos. Unos danzaron con la música del gramófono. Y otros se encaramaron en el techo de Villa Silvia. Y otros, ilusionados con el frívolo aspecto de la morada, quisieron llevársela en hombros, como se porta una arca de Noé, o un velocípedo.

Se bautizó la villa dentro de una risotada de cristal, y llegó la noche, la noche que nivela los volúmenes de las cosas. La noche que con la misma gula se traga los volcanes y las violetas, sobre esa mancha de betunes nocturnal brotó la cimera de Villa Silvia.

Todos los amigos del arquitecto de Liverpool fuimos a conocer el milagro. Nos sentamos en las sillas ridículas, molimos el valse de Viena, bebimos un dedal de anisado. Salimos al corredor y hablamos de agrimensura y de política. Porque todo ello fluye muy bien dentro de ese escenario sarcástico. Villa Silvia es el aprendizaje de la ironía. Con sus dimensiones estrechas refuta lo colosal y lo superfluo.

En ese pozo de penumbras alegres se podría escribir un manual de filosofía.

Algunos familiares del arquitecto se sintieron enamorados de Villa Silvia. Pronto la pequeña "manga" florida verá alzarse dos o tres "villas" más, albergues contra las monotonías del domingo. De este modo será realmente propietaria de la suya la amiguita de Jorge Eliécer. Porque hoy, como muy bien lo previó la bella y fina esposa del arquitecto, Villa Silvia—que según su burlona frase—debería llamarse Villa Tulia—se ha convertido en una residencia para "hombres grandes", para los amigos de Tulio.

Villa Silvia es, por lo demás, una terapéutica. Es la curación de lo descomunal y de lo cursi, de lo mayestático y de lo zafio. Es la reducción de la vida al límite cómico. Todos nos morimos de risa cuando vamos a Villa Silvia, pero esa risa es la digestión de muchas ideas, es la crítica natural a muchas audacias. Pequeña y vivaz, con la limusina al pie de la puerta. Con el arbolado parlanchín, con su grafófono y su tiple, argumenta contra la carretera al Mar, que pasa de largo.

Para qué ir hasta el Mar, preguntará Silvia?

"El mar", que es la mole, es toda una con-

cepción de la vida y de la política. Es lo cuantioso y lo ruidoso y es la aniquilación de lo nimio.

Sobre la colina feliz sonríe Villa Silvia.

Medellín, mayo 25 de 1934.

EL VIAJE DE PEDRO NEL GOMEZ

IGNACIO GOMEZ JARAMILLO

"EL HERALDO" Y TOBON QUINTERO

Aquel retrato de Inés Greiffenstein, que pintara Pedro Nel Gómez, suscitó la indignación de cuantos lo vieron. Fuera más acertado decir que no lo habían visto. Hay ojos que no saben viajar sino sobre los itinerarios corrientes, sobre los que expresan el sentido cromolitográfico de la vida. Frente al retrato aquel desfilaron los ingenieros. Alguien dijo campanamente:

—Veo un gran paisaje de azules y amarillos. Pero dónde está Inés, que no la veo?

Estaba precisamente ahí, en el diálogo del azul con el amarillo. Y Efe Gómez, que es un gran artista de los subsuelos, la vió como era, fuerza leve y graciosa de la Creación, repique de la luz sobre los espacios.

Pedro Nel se alzó de hombros, en un ataque de felicidad, y empacó su cuadro. Con su

delantal y sus lentes trajinó ocho días por la casa. Desmontó su taller, armado de un martillo tonante. Hoy aquello es un almacén de cajas dispares. Es una montaña de cubos. Es la exposición que se va para Bogotá, con Efe Gómez e Inés Greiffenstein. Es la revolución en camino hacia el altiplano.

Pedro Nel significa el orgullo y la resistencia. Es uno de los casos de probidad temperamental más augustos que registran los anales artísticos de Colombia. Sabe él que su arte es de muy difícil degustación, porque va muchos años adelante de la Academia. Le bastaría abaratar sus procedimientos para ganar dinero y fama. No hemos visto dentro de los panoramas intelectuales de la república erguirse más de un Almacén Ley, enriqueciendo a sus propietarios? Pedro Nel preferiría convertir en cigarrillos todos sus lienzos antes que venderle su alma al corrillo. Seguro de su vocación, profundamente desdeñoso de la plutocracia reinante, dichoso de su pobreza decorosa, lleva su penacho interior en perpetuo incendio.

Bogotá, que sabe escuchar a Debussy, suele ser roma para entender a los pintores extraordinarios. Es que le ha faltado un Guillermo Uribe Holguín dentro de su universo pictórico. La Exposición de Pedro Nel significa la aula-

ga para ciertos centros capitalinos. Es un «test» para el cual no está preparada sino una «élite» bastante exigua.

Pero Bogotá sabrá ser cordial y afectuosa con el grande artista antioqueño. Es él uno de los valores más personales que puedan enriquecer el altercado cultural de las nuevas generaciones, uno de los índices más gallardos de la independencia espiritual que jamás hayan apuntado en América. Y junto al creador está el hombre, la bondad feroz de ese hombre, niño sin cardar que se ha encaramado al azul para «ver» la vida.

* *
*

El «fracaso» de los artistas no detiene la marcha de sus legiones. Ante la impasibilidad general, dentro del ambiente paupérrimo, saltando sobre catedrales de incomprensión, advienen los nuevos. Ignacio Gómez Jaramillo llega de París con su impaciente juventud, con sus acuarelas y desnudos. Las expone en los salones del Club Unión, y ante ese muestrario brillante desfila Medellín, con los ojos ávidos. Gómez Jaramillo es tal vez uno de los pintores que ha caminado más en el camino de su maduración artística dentro de la más corta eta-

pa. Sus cuadros señalan el proceso estupendo. Son dos o tres épocas que al encontrarse dentro del salón casi inician la escaramuza. Basta ver esa disonancia para comprender la vida de labor y de estudio realizada por Ignacio Gómez Jaramillo en las viejas tierras de Europa. Lo que fuera pura emotividad se va haciendo técnica. En sus retratos se advierte la difícil malicia sin la cual es imposible pintar el espíritu de los hombres. En las acuarelas salta el color con la frescura complicada que fija las fiestas de la luz en sus más versátiles episodios. Hay una 'Plaza de Concordia' que podría ser firmada por un maestro. Surge en los desnudos una absoluta irreverencia contra la clasicidad y contra la pudibundez convenida. Hay cierta sensibilidad otoñal dentro de esas mujeres desnudas que Medellín ha paladeado con la sabiduría de un batidor de «cocktails», pero dentro de la más estricta medida.

Como Pedro Nel Gómez, Ignacio Gómez Jaramillo irá a Bogotá, para avistarse con la crítica. Su fe y su juventud respaldan su arte. Sus cuadros significan una lúcida realización dentro de la república artística.

* *
*

Al entrar en su octavo año surte «El He-

raldo de Antioquia» una gran labor de relatoría nacional y de radiación antioqueña. «El Heraldito» significa una poderosa caja de ahorros para los ideales de esta viva sección de la república. El pensamiento editorial de Tobón Quintero conduce una vasta empresa de orgullo y de ambición que se ajusta dentro del más hondo nacionalismo. La travesía que ha ejecutado ese espíritu desde la primera juventud hasta hoy, ha sido muy larga. El antiguo polemista liberal sólo surge dentro de emergencias extraordinarias. Su periódico, deliberadamente glacial, suele aparecer apolítico. Pero es que Tobón Quintero, escritor templado y adusto, no gusta del bermellón, sino del sepia. Y ésta es precisamente su política: echar a enfriar las ideas, preservándolas de la fermentación tropical, tan grata a las masas. Tobón Quintero, que es apóstol de las causas más genuinamente terrígenas, y uno de los hombres que disfrutaban del respeto nacional más irrevocable, no es un elemento «popular», porque es, intelectualmente, un aristócrata, un caballero que jamás mejora sus posiciones, si para ello es preciso perder la altura. A veces, dentro del zafarrancho ecuatorial, da la sensación de un anacronismo. Mientras otros hablan en esdrújulos penden-cieros, él practica la milicia del «sotto voce». Y se interesa más por la economía regional que

por el señor Arredondo. «Un místico de las carreteras» lo había llamado. En todo caso un soñador de la realidad, un realista.

Medellín, junio 12 de 1934.

CAÑASGORDAS QUE MIRA AL MAR

La comitiva sale de Medellín en tres automóviles. Vamos a conocer la carretera al mar, hasta Cañasgordas. Ingenieros y periodistas, hombres de trabajo y de acción, acompañan al ministro Araújo. Va Gonzalo Mejía, que es la carretera hecha tesis, y Jesús Tobón Quintero, que es su filósofo. En este país de juristas y de gramáticos, mordido por el escepticismo charlatán de los desdeñosos, toda empresa de cierto radio tiene qué ser defendida del medio ambiente. Hay algo más terrible que la fiebre, y que la montaña y es el ridículo. El ridículo es la filosofía nacional, la única filosofía nacional, y contra ella han de emerger quienes llevan una concepción afirmativa de la existencia. En este país incipiente, donde todo está por hacer, la acción, que es la forma lógica de la vida, tiene qué sufrir el mordisco del epigrama. La carretera al mar, que hoy arranca de Medellín y, tras de vencer dos olímpicas cordilleras, se deja caer sobre la copiosa hidrografía del Atrato, sigue siendo un tema jocoso para muchos

oradores y "repentistas". El "repentismo", que es la escuela de la holgazanería intelectual, domina el proscenio abigarrado de la república.

Vamos tomando altura sobre Medellín, y sobre Robledo. La Montaña es la respiración de la tierra. La alegría pulmonar resopla en el ámbito. Chispean casitas de color dentro del níquel disoluto de la mañana. Se despiltrafa la visión, caballería óptica. Le vamos dando la espalda al Magdalena, le estamos dando un voto de desconfianza a Puerto Berrío. Nos alejamos del Nüs y de la biografía de Cisneros. Vamos al Mar, que es la ruta del Universo. Empieza a hacer frío. Ya llegamos a San Cristóbal. Atravesamos su "boquerón" en la bala estruendosa del automóvil. Comienza el descenso hacia el río Cauca. Azulean los penachos de la cordillera Occidental, que hemos de trasponer en la tarde. De pronto escuchamos un rumor de motores sobre las nubes. Es la flotilla de Samper, encabezada por el "Marichú", que viene de Turbo. Uno, dos, tres, cuatro. Los aviones vienen del mar y le dan puntuación a la carretera. El espacio se dilata en hondos añiles. Motores arriba y abajo. La máquina devora kilómetros. Cuando nos hayamos bebido esta copa de John Haig, Samper habrá aterrizado en el aeródromo de Medellín, que es, entre nosotros, el más grande rendez-vous de los aeronáutas.

Se percibe la cinta barcina y dispendiosa del río Cauca. Y de pronto, dentro de un paisaje verde y locuaz, movidos por el viento apacible, se irizan los arrozales de San Jerónimo. La vega es estrecha y esmeraldina. Nos detienen las banderas y las músicas de un "encuentro". Salen los niños y las niñas de San Jerónimo a saludar a Alfonso Araújo. Esos niños y niñas hacen parte de la carretera al mar, con Gonzalo Mejía, con Tobón Quintero, con el "Marichú", con el anisado de San Cristóbal y de Palmitas. La comitiva se va engrosando. Se reanuda la cromografía calentana. Los hombres y el paisaje se encuentran. Es el reino de la exuberancia botánica, de la desfachatez temperamental, del "allegro" ideológico.

—Cuándo llegamos al mar, Gonzalo Mejía?

—Dentro de dos años. Por lo pronto estamos en Sopetrán y esta noche dormiremos en Cañasgordas.

Iglesia alegre, palmas de corozo, brindis y afecto. Sopetrán nos abre sus puertas, su hospitalidad cristalina. Reanudamos la marcha bajo el zurriago rechinante de la canícula. Llegamos al Cauca, perdido para la navegación por los grandes "chorros". Este es el Cauca que ya habíamos visto en Bolombolo, en La Pinta-

da, en la desembocadura del Arma, partiendo en dos el paisaje de palmeras y de ganados. El Puente de Occidente, que es una de las joyas de la ingeniería americana, grita la soberbia de la raza conquistadora y el genio de José María Villa. Esta obra portentosa, construída en los tiempos del Puente de Brooklyn, es la biografía integral de ese hombre.

—En esta tienda se “achispaba” todas las noches. Llevaba los planos “en la cabeza”. Era un matemático extraordinario. Resolvía las ecuaciones sobre la pared. Era un poeta del guarismo. Este pequeño busto que aquí se ve no es sino un pleonásmo. Su monumento cabal es el Puente.

Santa Fe de Antioquia, señorial, linajuda y queda, se alborota con la procesión de automóviles oficiales. Nos da una acogida castiza, dentro de sus casas de amplias ventanas. Discursos, vivas a Olaya y a Araújo. Sobre la plaza caracolea la frase política. Sonríe el ministro. Vivimos un momento el ambiente de la Colonia. La Colonia termina con la carretera al mar, que lame las calles. Almorzamos. Suena la música de cuerda. La comida opípara, los manteles integérrimos de blancura. Nos despedimos para volver, para visitar la ciudad magnífica.

Reanudamos la marcha acérrima. La carretera se va estrechando. Parece tallada a buril sobre las pizarras geológicas. Es la denominación cautelosa del ex-abrupto. Dejamos el valle y empezamos a trepar a los altos páramos. Por aquí pasó Robledo, con sus halcones. La rueda licúa la epopeya. Después de tantas chismografías y polémicas, vamos de paseo por la carretera del imposible, la que le brindó una corona de espinas a sus gestores.

—Esto es una barbaridad, dice alguien.

—Sí, pero la barbaridad está terminada.

—Nos vamos a matar.

—Por qué nos vamos a matar?

—Porque esto es como para matarse.

—No se ponga usted nervioso.

Decididamente no nos matamos. Después de culebrear por los muros de la montaña nos recibe el boquerón de Toyo como una jeta. Nos metemos allí con ruedas y todo. Es una tronera tendida sobre el anfiteatro de la catástrofe. Descendemos, en zig-zags epilépticos. El piso está firme. Tenemos gasolina en los tanques. Cogemos las curvas con estricta puntualidad. Podemos apenas contar dos o tres pequeños derrumbes.

El derrumbe es la argumentación tropical contra ferrocarriles y carreteras, dice Gonzalo. Después de espantosos inviernos, capaces de sepultar a los Andes, surgía la crítica. La carretera se había acabado. La carretera era un "bluff". La carretera era la estafa a todo el entusiasmo y la fe de un pueblo. Yo me ponía a masticar toda esa filosofía disolvente, pero esa masticación me fué dando fuerzas. Señores, ya llegamos a Buenos Aires. Estamos en la antesala de Cañasgordas. Hemos hecho ciento cincuenta kilómetros de camino, sin un contra-tiempo, sin una "paane". Este es el primer capítulo de la carretera al mar, señor ministro de obras públicas y señores.

II

Yo me figuraba a Cañasgordas como un sitio caliente y rauda, tiritando de inutilidad a las orillas de un río palúdico, tierra de mosco y de jarana, como para amansar muchachos indómitos. Los colombianos que sabemos llevar en los labios y en la cabeza los nombres de los puertos asiáticos y africanos, desconocemos al país, escondido, vasto y hermoso. Cañasgordas, que no es una improvisación ni una barraca, sino una de las poblaciones más económicamente importantes en el occidente antioqueño, tiene bella sociedad y bella sonrisa. La naturale-

za la atolondra, con sus árboles y sus aguas. Su clima es suave, con la lenta hipnosis de la montaña. Una gran calle, larga, alegre, con mujeres de ojos negros, en los balcones. Una plaza que relampaguea bajo el sol, cuadro natural de elecciones y democracias, de bazares de caridad y salidas de misa. Hay algo que caracteriza las regiones occidentales y es la afebilidad de las gentes y de la atmósfera. Cañasgordas se empina para sonreír al viajero y al visitante.

Se le hace una manifestación social y popular a Alfonso Araújo. Se aclama el nombre-símbolo de Gonzalo Mejía. En esta tarde intrascendente del mes de junio, la Carretera al Mar se hace toda diálogo. Al pie del balcón, desde el cual un tribuno de pulcra frase, presenta la salutación al ministro de obras públicas y a su séquito, dos caminos se dan la mano, dos estilos de vida se formalizan. Aquí termina la rueda y empieza el buey. La rueda que va a Medellín, salvando las paredes del Cauca. El buey que va a Dabeiba, por entre los senderos de la Colonia. Es la primera vez que un ministro de la república—y en esta ocasión no un literato ni un polemista, sino un hombre de acciones largas—llega hasta aquí, violando la fábula.

—La carretera al mar no puede ni debe

ser el rótulo de una empresa regional, proclama Araújo, sino una gran vía nacional, que úna la capital del país con el océano. Lógicamente, la carretera empieza en Bogotá, pasa por Sonsón y por Medellín y termina en el puerto de Necoclí, sobre el mar Atlántico. Dándole a la obra ese gran formato, haciendo confluír en ella los anhelos de la nacionalidad que hoy estimulan el espíritu colombiano, la carretera, discutida, controvertida, hasta ayer no más motivo de escarnios y de befas, se flotantizará como un pensamiento de unión del Oriente y del Occidente.

Sentado en la capota de su Ford, agitando la sonrisa como un pañuelo, dice Gonzalo Mejía, con fresca dialéctica:

—En alguna ocasión, cuando Cañasgordas parecía inaccesible, yo juré no volver aquí sino en automóvil. Y aquí estoy, como estaré mañana en Urabá, con todos vosotros. Hemos matado de una vez por todas el terror mitológico que hacía de la Carretera al Mar un cuento de locos. Hemos vencido dos cordilleras, pero algo más hemos hecho: le hemos torcido el cuello al escepticismo. Esta obra, que fué descrita como el sueño de una mente calenturienta, como el sobregiro de un visionario contra las despenas vitales de su pueblo, casi como una traición a los grandes intereses de Antioquia,

constituye hoy una afirmación orgullosa. No estamos esta tarde en la leyenda ni en el mito. Estamos en el camino del Mar, sobre la gran ruta del mundo.

Y era cierto. Cañasgordas mira al mar con los ojos límpidos y seguros. Mientras otros pueblos, atolondrados por el exceso vital, buscan en las épicas hemorragias el desahogo de la savia superflua, Antioquia se abre paso por entre rodaderos y farallones, dejando a su paso maizales y prole, retoños humanos y botánicos.

Estamos en la pista por donde han de ir hasta las aguas de Urabá los hombres cuyos padres colonizaron el Quindío y hoy acrecientan las ganaderías del Sinú y del San Jorge, los que abrieron las selvas para ir a fundar las grandes haciendas del Cauca. La Carretera al mar no es sólo un camino. Es, también, la aventura espiritual de toda una raza. Otros piden la guerra, porque necesitan de la sangría. Antioquia se quiere desangrar en sudor, en canto y en obras.

Esta es la impresión neta, diáfana, que culmina en la tarde de Cañasgordas, de la Cañasgordas que mira al mar, bajo el vuelo de los aviones de la Umca, que van a Turbo.

Ahora es la noche de la música y de la danza, la noche ecuatorial, plena de cocuyos.

Se escucha la respiración del Chocó, que está lejos, lejos. . . Nunca podremos olvidar esta noche de Cañasgordas, que miraba al mar, con sus automóviles.

Desandámos la carretera hacia Medellín, hacia la Administración, hacia el periodismo. Los cerros mutilan el cielo. Todo el horizonte es de zetas trágicas. Los carros se aturden en el zurriagazo de las curvas y las pendientes. Hacemos el curso de la cima y de la cañada. Ganados blancos chisporrotean sobre el precipicio. Suenan las quebradas eglógicas, las que le dieron nutrición a la poética. Antioquia está labrada hasta lo imposible. Quiere romper estas camisas de hierro y de basalto que la aprisionan.

En este retorno de Cañasgordas a Medellín, no hay nada que suscite la rectificación visual ni el drenaje crítico. Vamos con lentitud, por entre la tierra, por entre la conversación de sus hombres.

Santa Fé de Antioquia nos maravilla por su castellana antigüedad, por sus calles plenas de historia. Visitamos la Catedral, rica y fastuosa. Cuadros de Vásquez Ceballos, galerías de gobernadores y de obispos. Custodias de esmeraldas y altares de plata labrada. Toda una generación de orfebres, de teólogos y de sabios

hizo de la ciudad una alberca de la tradición, una trinchera del Pasado.

Pero hoy Antioquia mira al mar, como Cañasgordas. Su hospitalidad de cristal nos baña el espíritu. La rueda no ha podido asesinar a la cortesía. Aquí está la glorieta donde platicaban los augustos gobernadores, las habitaciones clarísimas dentro de la cual retozan la luz, el calor, los niños. Caballeros y damas que ya perdieron su pintor, nos ofrecen una flor, una copa de vino egregio.

Vitascopio de torres, de sembrados, de cumbres. Sopetrán, San Jerónimo, San Cristóbal. El Cauca, con su puente rojo y fornido. Y el Boquerón otra vez y otra vez el valle.

Al regresar a Medellín nos parece venir del Mar, por la ruta de Cañasgordas.

Medellín, junio de 1934.

EL REGRESO DE LA MONTAÑA

Carta a Julio Vives Guerra

Mi querido Julio:

Empiezo a ver tu montaña con la luz crepuscular de la despedida. Es la hora en que la visión se convierte en síntesis porque, desaparecido el detalle, sólo nos arroba el volumen de las escenas. Después de cinco meses de incursión por este proscenio, me llevo un suntuoso botín de imágenes, ojos, diálogos, serranías, arroyos y fábricas. Con todo este material de edificación he de hacer después un incendio, uno de esos incendios de celuloide, rigurosamente retóricos, tan comunes en el siglo de Paul Morand, este Morgan de la literatura contemporánea. La incineración es una ley de la vida, y ello explica la psicología de los fumadores. Para plagiar a Wilde, uno se fuma lo que más ama. Nos hemos de fumar tu Montaña desde la mesa de un Café de la Calle Real, con Pedro Nel Gómez.

Esta ventana de mi cuarto de hotel no la cerré nunca. Desde ella ví panoramas de cristal y de muselina, pespuntos de chimeneas y de torres rojas, retazos de cumbres iluminadas. Bajo esta ventana desfilaron los tranvías que van a Manrique y a Buenos Aires, la religión, la huelga y las facultades extraordinarias. Ahora, dentro de este virgiliano «estado de sitio», ruedan las aguas camino del mar, y las colegialas, de las escuelas. Las mujeres y las aguas son claras y sostienen la conversación de la éloga y de la raza.

Fuí un mal viajero, porque Medellín me retuvo en vilo, como una grúa. La mayor parte de mis programas se cancelaron. No fuí a Sonsón, ni a Jericó, ni a Segovia. Pero ví el Cauca en Bolombolo y en el Puente de Occidente. Y en un medio día de carmín, dentro de la modorra otomana, Santa Fé de Antioquia me hizo dar un traspie de tres siglos. Caí entonces al mundo refinado del Virreinato. En las glorietas de calicanto discutían los gobernadores y los obispos. Dentro de los grandes pozos de sombra que aprisiona la catedral saltan los óleos nobilísimos que perpetúan las figuras de Prefectos y de Canónigos. Hay esquinas donde se encuentran la carretera que va al mar y una procesión de casullas de oro conducida por Gómez Plata. Dentro de las casas luminosas late

la yedra, junto al surtidor, que hace aspavientos. . . . Y en los corredores, largos y escuetos, creemos escuchar una música de espolines. Y ví las «casas negras», que gritaban duelos y lutos. Y ví tu casa toda temblorosa de senectud bajo las enredaderas balsámicas. Escuché tu niñez y entendí la formación de tus prosas y de tus fábulas, toda la prosapia de tu «Cibdad» y de tu chambergo.

Se podría hacer una gran labor de fotografía frente a esta naturaleza de tono alto. La raza y el paisaje se encuentran siempre dentro de una actitud de altercado, en la posición rigurosa del jaquemate. Contra el exabrupto geológico se abre paso la Ingeniería. Viaductos y túneles perforan o cosen la Montaña, cuyo traumatismo ladra y aturde. Dentro de este panorama de cuaresma vegetal se afirma un gran pueblo. En las desparramadas labranzas, en los yerbales y en las minas, y en las factorías orgullosas, se labra una conciencia racial que tiene numerosos altoparlantes.

Antioquia es la sede de un gran pensamiento nacionalista. Se equivocan quienes la juzgan bajo el aspecto de un airado viaje en preparación hacia la aventura. El «Viaje» no ha sido una filosofía para el antioqueño, sino una necesidad de la expansión determinada por las inclemencias geográficas. No hay nada aquí

que dé la impresión del trasteo. Los hombres aman la tierra, sobre cuya profunda cicatriz prospera la prole. Pero en las familias plurales hay algo que es la definición del hecho antioqueño: dos o tres de los hijos se hallan ausentes. Esta ausencia le da una coloración especial al ambiente de los hogares, escuela de una santa maternidad que nunca se sale del poema. Todos esos núcleos antioqueños que, dispersos por el área de la nación, prolongan, no obstante, la voz y la mística del terruño, regresarán o no regresarán al paisaje verde o bermejo, pero son radiaciones de la Montaña. Ella tiende hoy sus caminos como brazos y no como garras a todos los horizontes de la república. Santa Fé de Antioquia y Cañasgordas mirando a Turbo. Sonsón mira al río Magdalena. Puerto Berrío va a recibir el abrazo del Carare. En el aeródromo de Medellín, dentro de un marco de colinas jubilosas y musicales, se encuentran todos los días el Norte y el Sur, el Oriente y el Occidente. Las naves zumban en todas las direcciones y perspectivas, dando la impresión física y cordial de una gran patria. No obstante, la penetración de motores y ruedas, que es uno de los episodios que suelen acompañarse con una extinción del colorido local y de la fragancia de las costumbres, se cumple en Antioquia con un minimum de violencia. Sobre los caminos de

hierro, sobre las carreteras, sobre el barullo mismo de las avenidas urbanas, se columpia la tradición en cantos y gracias. La dinamita, que destruyó con mordisco épico las cordilleras del Porce y de Amagá, por sobre cuyos flancos desfilan los trenes, camino de los ríos primordiales, apenas levantó burbujas de vidrio sobre el lago de la casticidad hogareña.

Es imposible no amar esta tierra después de haber paladeado sus mieles. Esas mieles son recónditas y puras, y no están al alcance de los aventureros. La fachada de Antioquia es dura: Es la defensa contra la perpendicular, contra el machetazo de la pendiente. En los negocios y en el tránsito de las calles se percibe el afán de llegar a tiempo. Pero todos esos hombres que corren, más o menos arremangados contra la vida, los que fundaron las grandes haciendas del Cauca, los que le dieron brillo a la minería, los que levantaron la industria textil, los que organizaron las rentas, los que le dieron volumen al Tabaco, los que le dieron emoción a la Bolsa, todos ellos son los felices prisioneros de la mujer, de estas mujeres bellas y pulcras que son el orgullo de Colombia.

Me despido de tu Montaña con la ilusión de volver a ella. Brilla en azul y en verde y en solferino frente a mi observación y frente a mi alma. Cualquier día de estos, en el torbellino de

JAIME BARRERA PARRA

Arrancaplumas, te moleré la musiquilla de mi organillo, perfumado con el aliento de tu Montaña.

Te abraza,

Jaime Barrera Parra

LA AVENTURA DE PEDRO NEL GOMEZ

Medellín, diciembre 8.

Pedro Nel Gómez va a realizar uno de sus viejos ensueños, alimentados con la llama azulina de su fe estética: el concejo de Medellín acaba de confiarle al artista la decoración de algunas salas del Palacio Municipal y aquél se dispone para la obra. Tuvimos la oportunidad de charlar con él en la intimidad, entre el humo de los cigarrillos acérrimos, elemento de clarificación y de disciplina. Chispean las lentes picarescas sobre la barbilla mongólica. Toda el alma de Pedro Nel se asoma a esas lentes.

Reanudamos una vieja plática ya olvidada: la pintura mural y el nacionalismo pictórico. Desde su regreso de Europa Pedro Nel no tuvo otro empeño. Era necesario llevar hasta las paredes toda la vida nacional en sus formas frescas, en sus expresiones ingénitas. No la Colombia gubernamental ni administrativa, la Colombia de los Te Deums y de los ministros en cubilete, sino todo un país en su bloque crudo:

el de las minas, el de las factorías, el de las faenas rurales, el de las estaciones de ferrocarril, el de las bananeras y las huelgas.

Y evocamos ahora con su nitidez natural una antigua escena. Fué durante la semana del paro, en junio pasado. La ciudad zumbaba dentro del silencio medroso. Obreros insomnes, camiones con ametralladoras y soldados. Ni un tranvía, ni un carro. En la estación del ferrocarril, los trenes se echaban a rodar por la carrilera. Todo el barrio de Guayaquil parecía en la espera de una Comuna. . . El Estado capitalista se alzaba en grandes bloques de cemento, de hierro y papel de código. Qué iba a pasar? Iba a pasar algo. Frente al bar del Hotel Europa comenzó a desfilan una procesión de mujeres, las mujeres de los obreros, esas que hemos visto en las acuarelas de Pedro Nel: angulosas, maternales, febriles. Las que dan los hijos para el taller y para la guerra, las que arrullan con cantos y con besos la Revolución, vestida de púrpura. Dentro de ese tropel clamoroso, regido por la asimetría de la vida, bajo el relámpago de las banderas negras, un hombre de marfil parecía presidir el desfile. Alguien dijo: Pedro Nel Gómez. No era el capitán comunista, no era el agente de la Unir, ni el representante del Sindicato: era menos y más que eso, era el relator de esa procesión revolucionaria.

En la tarde de ese día se produjo un choque con el ejército y de él resulta un obrero muerto. Lo llevaron a la policlínica entre un tumulto de melenas. Pedro Nel espiaba ese instante para echarse a arder, dentro de los vitriolos anímicos. Llegó a nuestra pieza, tendida como un mirador sobre el gran silencio dinámico y pudimos observar que ya había perdido el sombrero.

—Qué belleza, Jaime, qué belleza! He «visto» a la Revolución con mis propios ojos.

Al día siguiente ya la huelga estaba expirante porque se había firmado el pacto. La ciudad se tiró a la calle para reabrir sus cacharrerías, sus comercios, para reentablar las sabrosas pláticas, para discutir los periódicos. Era la vida que volvía a tintinear después de la tregua. Pero, fruto del vivaz episodio, quedaba un muerto, ese muerto que magnifica el gran sismo obrero desde Bakunine hasta la emersión unirista. Esa carne, lívida y silenciosa, parecía el costo riguroso de la victoria. Pedro Nel Gómez se quedó con él, con las mujeres que lo amaban, con los trabajadores en overall, y lo acompañó al cementerio. Parecía un pasaje anacrónico porque ya la Bolsa de Medellín reentreabría las puertas, porque «todo estaba arreglado», porque se tenía la impresión de que no había sucedido nada. Se fué el artista con el

muerto y con las mujeres, para regresar al taller, donde lo esperaba la esposa.

—Cuánto hace que no comes? le dijo.

—No lo sé, Juliana.

—Yo sí. Hace cuatro días que no comes y que no duermes.

—Qué belleza, Juliana, qué belleza! Pero es la verdad: hace muchos días que no como. Tráeme una sabrosa taza de caldo.

Este hombre, que ama a los niños y las madres, que siente el cautiverio trágico de la luz, que recoge la verdad óptica con paciencia benedictina, este hombre bueno y fraternal que hubiera acompañado a Francisco de Asís en sus incursiones campestres, va a llevar a los muros del Palacio Municipal una relación de hechos máximos: el oro, la cosecha y la huelga.

—Me voy a la región minera, nos dijo ayer, para ver el mazamorreo, el poema de la batea. Tengo que pintar unos sábalos. Todo eso hay que llevarlo a los muros, junto con los niños del pueblo. Es una tarea que casi me oprime por su profundidad y por su riesgo. Pónte a pensar que me juego mi reputación y mi vida artística. Porque «esto» resulta o no resulta. O sale «algo» o no sale nada. Pero estoy radiante de fe y de pobreza.

El concejo de Medellín ha entendido a Pedro Nel Gómez, no al pintor, de difíciles hermenéuticas, sino al místico y al trabajador, al ciudadano y al patriota. Queda libre margen de discusión para sus bodegones y retratos, para la vivisección de su técnica. Pero si hay algo de qué se pueda enorgullecer el país es de albergar una vocación y un temperamento de artista tan limpio, tan fiero y tan honesto como el temperamento y la vocación de Pedro Nel Gómez.

No hará la factura de las conocidas viñetas veintejulieras, de los estadistas de corbatín y de las «inauguraciones» con vino y con música. La mano somera, contra-réplica del ojo feroz, irá trazando el material de una monografía de la tierra, de la vertical, del proscenio botánico, de los túneles y las usinas.

Pedro Nel Gómez, pintor discutido, se ha querido someter a un «test» azaroso. Lo vemos en la preparación de sus baterías: la cal, que es necesario escoger cuidadosamente, las gredas, los colores, las escalerillas, los delantales. Silba su alegría como un pájaro montañero.

LA VOZ DE LOS AMIGOS

JAIME BARRERA PARRA

Retardábamos de una a otra hora la de pensar estas palabras a Jaime Barrera Parra, hasta que en la inminencia que su partida erige ante nosotros, chasqueándonos látigos de prisa, la amenaza de que llegue él y no ellas, al avión en que juntos harán este viaje a una realidad que, más aún que nuestros ojos, deseamos ver con los suyos de hombre moderno. Y nos conturba ahora el temor de olvidar lo esencial del encargo, como en esas epístolas sentimentales en las que se distraen muchas cuartillas en describir vagos estados del alma, y sólo queda tiempo y espacio al final, para entredecir en una apretada postdata el objeto real de la carta.

Pues, continuando nuestra amistad y en estas columnas su presencia, no son palabras de despedida sino de encargos, las que deseamos ordenar en esta nota. Ibamos a encargar a sus ojos nuestra mirada, como un río—ese espejo que anda, según estuvo a punto de decir Pascal,—para que nos lleve a acariciar y penetrar en el paisaje lento, de apariencia invariable por su ritmo inasible, de las almas de los hombres y cosas provincianos, que desde Bogotá pueden ser comprendidos en su totalidad; a sus ojos, hemos dicho arriba, de hombre

moderno, pensando y pensando al decirlo, que bien se cumplen en él las condiciones de modernidad que exige Jung, la conciencia total, la máxima lucidez de espíritu para juzgar el presente, lo que significa también vivir en perpetua angustia, en plena etapa de invención, de creación.

Ibamos a hacerle muchos encargos minuciosos que ahora, en el último minuto, preferimos olvidar y confiar a su curiosidad, muy más útil y poliédrica que la nuestra, porque de cumplir nuestra pauta, fielmente, sólo iba a corroborar o rectificar lo previsto, lo presentido por nosotros, y eso equivaldría a obligarle a viajar por un Baedeker.

Quiere EL TIEMPO, asomarse, con sus lectores, a los sectores inexplorados de la realidad colombiana que hasta ahora se ha venido resistiendo a quienes quieren penetrarlos armados del lugar común; a la sensibilidad nueva, actual, insobornable de Jaime Barrera, confía su descubrimiento. "Toda sensación, decía Gide, está hecha de una presencia infinita"; la que consiga darnos el relato de su viaje, afirmará al propio tiempo la realidad, la presencia continua de nuestro explorador y de la provincia que deseamos con toda vehemencia conocer y hacer conocer a nuestros lectores.

Y nada más. Lo otro, el vacío y el frío que sus compañeros sufrimos en su ausencia, por breve que sea temporalmente, no hemos de sacarlo ahora a las ventanas, pues para que él lo sepa ha bastado nuestro abrazo silencioso.

EL RETABLO DE JAIME

Jaime Barrera Parra, como maese Pedro, se fué para Antioquia con su retablo y con su mono. No es bien seguro lo último, aunque en el inventario que le dejó a Gilberto Owen no figura el mono, que es adivino y que se le parece bastante. Si olvido fué el no apuntarlo en la lista, o si dejó de citarlo por haber resuelto que lo acompañara en el viaje, el tiempo lo dirá. Lo importante era el retablo, y el retablo sin ninguna duda cupo entre su maleta.

En Medellín sabrá armarlo y darle placer a cuantos se hallen cerca, sin paga alguna, lo mismo que el otro hiciera ante su majestad don Quijote. En esta casa entendemos que es un testimonio de profunda simpatía el que se le da a Antioquia cuando se le señala a Barrera Parra la Jefatura de la Oficina de Redacción e Información que en la armoniosa capital se halla establecida. Porque es tan grande el puesto de Jaime entre nosotros que su ausencia representa un sacrificio y trae envuelta una pena.

En Medellín plantará su tienda nuestro compañero, y sobre una mesa no más grande que la dejada en el ca-

marote que entregó por inventario, hará bailar y pelear, discutir y correr, caer y levantarse, a todos los personajes de nuestra falsa política. No hablará de don Gai-feros, ni de Melisandra, pero sí de Berrío y de Gonzalo Restrepo, de Emilio Quevedo y de Emilio Jaramillo, del unirismo y de los papas godos, así como de los avances liberales y del progreso de la encantadora ciudad, toda llena de antioqueños.

Jaime se hará querer de azules y de rojos, lo mismo de "El Colombiano" que de "El Heraldó de Antioquia", de "La Defensa" que de "Organización Liberal", de los camanduleros que de los masones, de las beatas que de las coristas, de la ciudad en masa, porque lo mismo le aconteció en Bucaramanga, cuando llegó de San Gil; en Barranquilla, cuando llegó de Bucaramanga; y en Bogotá, cuando llegó de Barranquilla, por su talento, su bondad, su sencillez y endiablado poder de amenizar con sus comparaciones y sus párrafos esta cosa gris, tediosa, que es nuestra política.

Dentro de su universalidad, de esa capacidad para enfocar en todas las latitudes el momento interesante y de seguir el derrotero de tan grandes ideas, y de las grandes masas, lo mismo en Rusia que en España, en la India que en México, en Francia que en Italia, en la China, en la Argentina, en Australia, se ha especializado en política conservadora antioqueña. Diariamente ha comentado los editoriales y las notas de los periódicos vehementes que llevan impresa la imagen del Sagrado Corazón por contraste, y diariamente ha querido refe-

rirse a los personajes furibundos que se mesan los cabellos, escupen por el colmillo y dan coces contra el aguijón o contra el liberalismo en su estupendo retablo.

Ahora va a conocerlos, a tratarlos, a libar con ellos una copita de resecado del tridestilado, del quemabuches. Y se va a convencer de que todos sonríen, todos son buenas personas. Individuos despreocupados y alegres, como el Aquilino de Manizales, el Silvio y el Augusto de "El País", el padre Trillos de Piedecuesta, el padre Mora Díaz de Tunja, el padre Jordán de Málaga. Todos esos capitanes conservadores, que echan espumaraños en la prensa, en la intimidad son exquisitos contertulios, admiradores del Gobierno, sujetos afables que se sorprenden de la tolerancia liberal y de nuestro cariño.

Jaime nos irá enviando sus noticias y sus cuadros plásticos, para permitirnos penetrar en el secreto de esa rara psicología del conservador antioqueño, más testarudo que el boyacense y más amigo de la polémica que el santandereano. Hablará también del paisaje y hará sonar la romántica guitarra en honor de las diosas medellinenses. Estará lejos, pero estará con nosotros. Y sabrá manejarse con tales cautela y donosura que no hay peligro de que algún enajenado Quijote conservador desenvaine la espada y haga llover cuchilladas sobre los títeres. Con ellos y con su mono, si acaso le llevó, volverá al camarote—donde su sombra se enrosca, donde Marlene Dietrich lo espera y donde el cariño hierve cuando le hagamos falta.

Lenc.

DESPEDIDA A JAIME

(Discurso pronunciado en el Cementerio por don Luis Parra Bolívar, en nombre de la prensa antioqueña).

En nombre de la prensa antioqueña vengo a cumplir el taciturno encargo de despedir a Jaime, viajero ya "por el lívido país que no se nombra".

No parece que nos resignáramos a esa tremenda sorpresa de la vida bruta. Ayer, lleno de mensajes el cerebro, y el corazón de júbilos; hoy, mudo, inerte, en postura horizontal y perenne sobre la tierra fiel.

Aquí yace, en la final beatitud, quien ayer era potestad en las letras, guía de juventudes y empresario de altos episodios espirituales. No ya su maquinilla portátil transfigura en ideas los hechos, ni sus sagaces ojos atisban el paisaje nuestro, lleno para él de inusitadas presencias. Está allí sólo su cuerpo resquebrajado, pronto a hundirse con el humus de la corteza terrestre y a sentir la fraternidad de las raíces, mientras el alma reposa en el costado de Dios.

Con el espíritu lleno de canciones, apto para recibir

JAIME BARRERA PARRA

como una antena cualquier menuda crispación humana, sencillo y fácilmente piadoso, así vivió Jaime Barrera Parra hasta que Dios le descendió su llamada.

En la historia literaria del país, en las antologías y en los panegíricos se hablará de su obra novedosa, su estilo singular, su visión original e intacta de las cosas del mundo, que a través de su prosa parecían descubiertas por primera vez. Pero en este momento supremo no recordemos que fué grande: digamos que fué bueno.

Tú, Señor, que suspendiste el flujo de su sangre cordial, que en tus altos designios resolviste sacarlo de entre nosotros, perdónanos nuestro dolor y dale la bienaventuranza.

Aquí quedamos, solitarios por su ausencia, apretados en haz de pesadumbres, todos sus camaradas. Al pie de su mortuario túmulo esta antioqueña raza, que supo interpretar tan hondamente y a la que se incorporó por fuertes trabazones cordiales, sufre sin gritos y muestra en los rostros el ánima lacerada. Más allá, en todas las lindes de la patria, hay unánime duelo. El país se ha enlutado el 28 de enero, día infausto.

Hemos de regresar mañana a la cotidiana faena, al deber, sin gozo, disminuidos, derrumbados por dentro, repitiendo la glosa del poeta: "Señora muerte que se va llevando todo lo bueno que en nosotros topa".

JAIME BARRERA PARRA

EL TIEMPO debe un homenaje a Jaime Barrera Parra, y al intentarlo recordamos aquellas maravillosas palabras de Pascoll, cuando se le invitara a hablar en los funerales de Carducci: "Imposible! Quién puede hablar cuando él calla!"

Calla y para siempre Jaime Barrera. No volveremos a oír en esta casa que fué la suya por más de seis años, su voz entusiasta y apasionada, su voz bondadosa y varonil. Su alma nobilísima no animará ya más las páginas de este diario que él hizo vivir con fuerza espléndida; no volveremos a sentir cerca de nuestro corazón el calor de su lealtad incomparable, de esa sinceridad permanente y orgullosa, que hacía de él el más seguro de los compañeros y de los amigos.

No podría decir El TIEMPO en pocas líneas ni cuánto debe a ese intachable caballero del periodismo, ni cuán hondo es el vacío que él deja aquí. Por no rara coincidencia, porque lejos o cerca por la distancia material, su espíritu estaba siempre con nosotros, nos escribió horas antes de morir una carta que llegó a nuestras manos cuando las suyas estaban ya heladas. Noble y generosa

carta, ardiente como todos sus sentimientos y que guardamos como la prueba de amistad inmortal que desde más allá de la muerte quiso darnos.

¿Hablares del escritor, del polemista, del patriota que se reunían en esa alma fuerte? ¿Diremos algo del artista, del prosista incomparable que deja mil páginas que no se olvidarán? Nadie como él supo dar la sensación vigorosa del suelo en que nació; nadie fué más original y espontáneo, nadie tuvo una pluma más robusta al servicio de más puros ideales.

Su partida inesperada deja en esta casa un vacío inllenable, y la deja en el periodismo nacional, que él honró y sirvió con esfuerzos de muchos años. Jamás su pluma se movió a impulsos de bajos sentimientos o de insanas pasiones; jamás conoció su alma encendida el frío del cálculo o del vil interés, y al través de todas sus luchas conservó un alma de niño, bondadosa y emotiva, lista al entusiasmo y en la cual la ironía, que maestramente manejaba, iba de la mano con sentimientos de ternura generosa.

Con honda emoción EL TIEMPO, cuantos en esta casa luchamos, cuantos fuimos sus compañeros, y lo admiramos y lo quisimos con afecto hondísimo, nos inclinamos ante la nobilísima figura del compañero que se ha ido. Su recuerdo vivirá entre nosotros, cultivado con amoroso esmero; su espíritu de liberal y de patriota seguirá inspirándonos en la brega inacabable de todos los días. Reciba su sombra gloriosa el homenaje supremo de nues-

tro dolor por su partida, de nuestra gratitud por cuanto él hizo entre nosotros, de nuestro hondo cariño, que sólo la propia muerte podría acallar, y que ponemos a los pies de la dulce compañera que le hizo conocer de nuevo la felicidad, y alegró sus últimos días con la luz divina del amor; a los pies de sus hijos y de su dignísimo padre. Nuestra es la pena que hoy embarga esos hogares, que también fué EL TIEMPO para Jaime Barrera hogar que hoy llora y que no ha de olvidarle.

Eduardo Santos

JAIME

Muerto Jaime Barrera! El alma se recoge estremecida ante el pavor del síno oscuro. Este hombre, que era una palpitación espiritual entre la vida circundante y que de ella cogía lo bello y luminoso, cae de súbito en la perpetua oscuridad.

El caballero de la mano abierta y cálida, del gesto hidalgo y generoso, del ademán gentil y fraternal, se aleja para siempre.

El amigo que llevaba en el pecho las rosas de la sinceridad, de la cordialidad y la bondad, se va de entre nosotros sin el último abrazo, sin la última mirada, sin el adiós postrero.

Antioquia llora la fuga inesperada de su cantor más cariñoso. La pluma de Jaime fué pincel encantado para pintar nuestra Montaña, con sus picos, sus hondonadas, sus maizales, sus ocres, sus azules. Cómo se veía el amor del artista derretido en la luz de nuestra tierra, al través de sus crónicas bellísimas!

Jaime Barrera Parra! te querremos siempre, siempre!

Ricardo Uribe Escobar

A JAIME BARRERA PARRA

Al abrir esta noche la "Imitación de Cristo", libro que hojeo con frecuencia para olvidar un poco la villanía humana, encuentro los párrafos siguientes, que han llevado recóndito consuelo a mi espíritu:

"Hijo, guárdate de disputar de materias altas, y de los secretos juicios de Dios; porque uno es desamparado y el otro tiene tantas gracias; porque está uno muy afligido y el otro altamente ensalzado.

"Estas cosas exceden a toda humana capacidad; y no basta razón ni disputa alguna para investigar el juicio Divino."

"Por eso cuando el enemigo te trajere esto de pensamiento, o algunos hombres lo preguntaren, responde aquello del Profeta: "Justo eres Señor y justo tu juicio".

Ya era tiempo. Mi alma destrozada por la tragedia, revolviase vanamente retadora contra el destino sombrío. Lloraba escéptica ante la inanidad de los cálculos humanos y la impasibilidad de los cielos. Pero como un rocío providencial vinieron las palabras del Místico y la inundaron en mansedumbre y paz, galvanizando sus penas

para que pudiese velar el rostro en señal de supremo acatamiento ante los misteriosos designios de Dios.

Pocas horas habían transcurrido cuando los íntimos charlábamos con Jaime Barrera Parra o leíamos sus páginas abrigadas de matices insuperables y grávidas de sugerencias y pensamientos; cuando escuchábamos de sus labios los proyectos de viaje a otros mundos de alta cultura, en los cuales andaban enredadas las más pulcras emociones de amor y sus hechizantes conceptos de arte y de belleza; cuando veíamos en sus ojos penetrantes y en su rostro feo, de recia virilidad, reflejarse los paisajes vistos o presentidos con ese anhelo voraz, sutil y artístico con que Jaime captaba la naturaleza, no llegamos a imaginar que, sin terminarse la noche de un día de ensueños y de trabajo, tuviéramos que encerrar su cuerpo inanimado en una caja negra. Parecía el menos apropiado para hundirse en el misterio, porque mil halagos formaban guardia en torno de su persona.

Y en una caja negra desapareció para siempre, maltratado por brutal catástrofe, después de yo arrancar de su anular frío el anillo simbólico que más que todo lo apresaba a la placidez de la existencia.

Un hombre, una argolla nupcial y la urna mortuoria. He aquí los tres únicos elementos para un poema de desolación infinita.

Pero cuando se habla de un hombre es preciso darle al vocablo su más amplio significado. Trátase de un hombre verdadero, del varón de sólida contextura, erecto y

gentil, con altiveces de caballero y ternezas de comprensivo, cuyo espíritu radiante canta en la cima del cráneo la canción diaria de las cosas bellas y nobles.

Porque, ante todo, fué Jaime un artista supremo de la palabra, que supo darle vibraciones y coloraciones capciosas y guiarla en flechazos de oro al corazón de sus compatriotas. Cómo supo dotar el verbo, aún en los momentos de lucha de mayor acerbía, de la donosura y decoro que gastan los de selectas estirpes.

Combatió por las ideas liberales e hizo grandes brechas en el campo contrario, pero jamás se bajó a recoger el pedrusco o el garrote de las plazas públicas. Esgrimió siempre el pulido florete de los salones, y por eso las heridas que causaba, aun cuando fuesen mortales, apenas alcanzaban a sonreír sobre la piel, con la purpúrea frescura de los claveles.

Un hombre con la sapiencia de la juventud madura, alquitarada en los libros y en la vida, que se disponía a proseguir la conquista de nuevos ideales, para ofrendarlos a su pueblo en haz de cálidas realidades.

Con deleite nos aprestábamos a saborear las visiones de otras tierras, tamizadas al través del fino temperamento de Jaime. Si de Antioquia la señera y luminosa, nos dejó páginas magníficas y rebosantes de verdad, apenas igualadas por las del gran viejo "Carrasca", qué no haría su espíritu tornasolado por la luz marina, acolchado en alburas de nieve, reverdecido y perfumado por las gemas que revientan en primavera, estilizado e intensificado

JAIME BARRERA PARRA

Cuando por la primera vez leí una crónica de Barrera Parra, me quedé maravillado y sorprendido. Un hombre, me dije, que deja caer así, con indolencia tal, valores inefables, que abandona al vivir efímero de la prensa diaria tales joyas, tiene que ser un nabab del espíritu, pródigo y magnífico.

No había con quién compararlo.

Cierto que León de Greiff, indolente y desdeñoso, agitaba como burlándose, ante los ojos y los oídos asombrados de los buenos vecinos (polífono y policromo velo) sus estrofas, tejidas de melodías y disonancias que hacían que se le tuviera por un maleante y un burlón. Pero os equivocábais por toda la mitad de la barba, retóricos empedernidos: que bajo ese verso estridente y heteróclito, corre un raudal de poesía honda y amarga que brota del corazón y del cerebro de un gran artista y de un gran orgulloso. Y los viejos Polonios que sonreíais maliciosillos, y decíais no entender, debéis haber sentido ya la fría punta del estoque de ese Hamlet, partiros el corazón. Que él amarga y da martirio a la ingenua Ofelia vuestra hija, la Musa retórica, no por crueldad, ni por perversión

mucho menos, sino por honradez estética que lo lleva a considerar como manida y un poquillo cómica, la hipertrofia de la sensibilidad de los románticos, que erige como centro del Universo, en medio a este infinito dolor moderno consciente y colectivo, el menudo caso de un alma herida por decepciones amorosas, o el choque de las ilusiones de un mozo asténico contra la realidad maciza de la vida.

No: no es con la de León con la que tenía nexos la plástica de Barrera Parra. Ni mucho menos aún con la de ninguno de los valientes luchadores que, a su lado, y en el ardor de la pelea, cubiertos con el polvo del combate, volvían tajo por tajo, denuesto por denuesto.

Si con algo de lo que le rodeaba podía compararse la pluma de ese gallardo artista verbal, era con la punta del lápiz de Rendón. Los trazos del lápiz milagroso y de la pluma evocadora! Incisiones hechas en el tejido nervioso del Universo, por los cuales saltaba la Vida: vida misma, vida inmanente, con su luz propia; con su movimiento propio; con su ambiente propio; eso que en vano buscan otros agrupando colores, y teorías, y sapiencia, que en vano buscamos ¡ay! los que hemos elegido, para exteriorizar nuestro ensueño, las palabras, huecos de ideas evaporadas, de sentimientos que fueron ya, "nidos de antaño".

Después tuve ocasión de conocer a Barrera Parra: al hombre.

De todo lo que la Revolución ineluctable tiene que

destruir en el mundo para poder troquelar los individuos a que aspira, iguales ante los dónes de la vida, para lo cual tendrá qué extirpar íntegro en el alma del hombre actual el complejo maravilloso que ha adquirido en cuarenta siglos, ascendiendo, es a saber: la cultura judío-greco-latina; filosofía, derecho, arte. . . entre todo eso, digo, que tendrá qué desaparecer, hay algo tan precioso, tan caro, más caro aún que el Arte de Atenas y Florencia, de Venecia y Amsterdam; más que la metafísica de Anaxágoras y Heráclito, de Platón y de Aristóteles; de Kant y de Espinosa; más que Homero y Dante; que Shakespeare y Cervantes, floración cimera de la cultura de Occidente, hecho de honor, de heroísmo y de culto a la mujer; eso que fué Barrera Parra antes que todo: un caballero. Caballero de la más bella tradición, animado por un cerebro inquieto del presente.

Y cuando se disponía, alegre y valeroso, aquietado ya el hervor de los años juveniles, tranquilo el corazón que reposado había en el amor y en el decoro de una mujer perfecta y clara, a entregarse a la rítmica labor del pensamiento y de la acción; pudo vérselo, en la sencillez de la vida cotidiana, acudir a un espectáculo popular, señalar a la señora de su vida un puesto seguro al lado suyo, consciente casi del inminente horror de la catástrofe, y luego, a la vera de su amor, reposar feliz, sonriente.

En tanto, desde el antro sin nombre en donde mora, sopló el Destino indiferente, en la techumbre que abrigaba a los felices, desplomándola, fragorosa, sobre ellos.

te entraña, como lo quiso el árcade que nos trajo a Virgilio, y la amaste para exaltarla, para arrullarla, para sufrirla; la amaste, con dolor, la amaste con orgullo, la amaste con suavidad, y la pusiste en tus frases, que eran cantos, y en tus quejas, que eran rugidos, y en la pirotecnia de tus comparaciones inimitables, estrellas de colores sobre el cielo nocturno, errantes nubes que acariciaban el azul en los días en que la misma tristeza se hacía diáfana!

Un año, Jaime Barrera, que te fuiste, sin quererlo, sin saberlo, herido por la adversidad en plena dicha, cuando el hogar, que era tu paraíso, se iluminaba con los ojos de la hechicera en quien palabras, silencios, miradas y sonrisas eran notas en el pentagrama que seguía tu laúd! Y un año para nosotros, tus amigos, los eternos, los apreciadores de tu tesoro sentimental y admiradores de tu talento fulgurante, en que hemos vivido recordándote, sin conformarnos con el golpe que tronchó tu cabeza y halló un eco lúgubre en nuestro corazón angustiado! Te sabemos en plena acción, escudriñando la tierra y haciendo excursiones siderales, observando el revés de la vida y tratando de adivinar los secretos de la creación, queriendo demostrar el mecanismo de los muñecos de cuerda que somos los humanos. Te adivinamos feliz. Y sin embargo, sentimos que nos pesa tu ausencia y que la vida es absurda. Pero en lo absurdo hubieras querido quedarte, por las dulzuras que se le descubren y las bellezas que se le inventan. Y aquí estás. Y no estás. Y estás muy lejos. Hasta tí van estas frases, en una cariñosa

evocación, por la costumbre de los recuerdos en un aniversario. Pero no son necesarias. Cerca o lejos, tú podrías adivinarlas. Y sin que las escribiéramos, desde el lugar en donde te encuentres, nos leías en el alma.

Luis Eduardo Nieto Caballero

JAIME BARRERA PARRA

Con el primer aniversario de la muerte de Barrera Parra, cumple hoy el país 365 días de necesitar su pluma. El tiempo anda a saltos, y la tragedia del teatro Alcázar se ha dilatado. Por las páginas de la vida colombiana se asoma ya la silueta del hombre. Pero no va a grandes zancadas como ayer, sorprendiendo sucesos, fotógrafo impenitente, y haciendo acuatizar emociones. Ni se amarra a su espalda aquella intelectual jiba de apóstol. Ni en su quijada, que sobresalía unos centímetros del rostro, se alberga ya aquella risa proselitista. Jaime Barrera Parra, el ausente, dejó ya de usar el gabán capitalino, el vestido de hombreras sajonadas y el sombrero entre burgués y socialista que cubría su ancha cabeza de ciclope. Un día de éstos, 28 de enero de 1935, la corbata se sale de la madre del cuello. El hombre tenía una afición al drama, cierta predisposición familiar a la hazaña. A la escena concurrieron azahares frescos, una cabeza de mujer que retoñaba en los besos nupciales. Y una hija, la hija suya, de su angustia. Cuando se desplomó el teatro, se paró el corazón del hombre.

Pero el drama, antes que terminar, empezaba. En la

redacción de "EL TIEMPO", hogar intelectual del artista, quedaba una salita vacía. Una salita que no tenía nada de extraño, fuera de una máquina de escribir, unas cuartillas recientes y una mesa que servía de trinchera espiritual al hombre. Esa era su fortaleza. Desde allí se sincronizaba todos los días la vida colombiana. Sobre aquella máquina de escribir montaba guardia una época. Quién hubiera creído que la cuartilla, en sus manos, lo era todo? Sobre la madera sencilla de aquella mesa quedan impresas las pocas cavilaciones del periodista. Sobre la máquina de escribir queda, para los dactilóscopos, la huella digital de una lírica. Y en los cuatro ángulos del camarote, como clavadas, están sus últimas voces.

Jaime Barrera Parra no quería que la posteridad le persiguiera. (La posteridad, lugar común, como dijera el esceptico). Y he aquí que va detrás de él, como detrás de su presa. Lo acechó en el tiempo y en el tiempo lo ha desentrañado. Por eso su obra está viva, aunque no veamos por ninguna parte su panorámico gabán de altiplano, ni sintamos sus zapatones bajo la lluvia perezosa de diciembre. Aunque no hagan ruido sus pasos, que siempre atalayaron la madrugada. Aunque todo él esté en ausencia, en ausencia larga, por allá en un ultraterrenal predio socrático. Aunque una mujer, la joven viuda, no lo vea, y aunque sus hijos, su padre y sus hermanos crean que realmente Jaime Barrera Parra se ha ido de la vida.

"Vanguardia Liberal".

JAIME BARRERA PARRA

Hoy hace un año que emprendió Jaime Barrera Parra la jornada definitiva por las sendas blancas de Dios. Cuatro generaciones literarias no indemnizarían al país de aquella fecha triste en la historia de nuestras letras. Barrera Parra fué el productor de una prosa tónica completamente desacostumbrada en estos medios cacofónicos. Su frase sorprendía por la audacia de sus matices y el trote rítmico del vocablo. Barrera Parra estatuyó en este país el desenfreno de la metáfora. Ninguno como él supo servirse de ese instrumento ágil del pensamiento. La metáfora como "caña de pescar", según la móvil expresión de José Ortega y Gasset, fué la mejor arma de su estilo. Jaime Barrera produjo una literatura insólita y original, acaso sin parentescos en la América. Almacenador de todas las más frescas manufacturas literarias del viejo mundo, turista de todas las antologías osadas que lanzan las nuevas bandas retóricas, Jaime no se hizo empresario de las nuevas capillas ni tradujo a estas latitudes el pulso lírico de Europa.

Avezado comentarista del hecho artístico y político, cronista raudo y certero de nuestros accidentes democrá-

ticos, la literatura de Jaime Barrera Parra tiene un baño de humor que la hace perdurable. El mismo nos retrata en un párrafo e'ástico la fabricación de sus páginas. "Mis páginas dan la impresión de la fritura, escribe desenfadadamente el cronista. Ojalá las dieran y esa sería mi recompensa. Yo compré en un almacén de París un brasero que nunca se apaga. En él hecho a freír los objetos más heteróclitos: desde un par de huevos de gallina hasta el cubilete del señor profesor. Además otras cosas: manifiestos, programas de toros, discos de victrola, amuletos, retratos. Por medio de la margarina todas esas cosas se reducen a chicharrones. No sé si estoy cometiendo un pecado contra la lengua, pero creo que esta palabra es irremplazable porque pincha el olfato y da una sensación verdadera del objeto que pretendo captar".

En Jaime se fecundaba un humorista con ingredientes químicamente puros. El humus fué un imperativo racional de su vida artística. Desabrochó siempre la gravedad y supo descansar en la "almohada de las trivialidades".

José Mejía Mejía

INDICE

	Págs.
A Inés Greiffenstein	5
La visión de la Montaña	7
Del Edén al Respin	11
Un gran descomplicadero	15
Inesita de Medellín	21
Desde las alturas de Santa Helena	27
Pedro Nel Gómez	33
La Montaña	41
Aura de Colombia	47
La Cía. Colombiana de Tabaco	53
Carrusel antioqueño	59
La Semana Santa en Antioquia	67
Observaciones sobre la vida antioqueña	75
Un Ministro de Carreteras	85
Un retrato de Efe Gómez	85
El proteccionismo sí tiene paisajes	85
La canción de los telares	93
Mi amigo el minero	96
Rotarismo sin importancia	99
Revisión del paisaje medellinense	103
La loza de Caldas	109
El paisaje mineral	115
El paisaje botánico	115
Verticales y horizontales	121
El Limón y El Retiro	121
Villa Silvia	127
El viaje de Pedro Nel Gómez	133
Ignacio Gómez Jaramillo	133
"El Herald" y Tobón Quintero	133
Cañasgordas que mira al mar	139

II

Págs.

LA VOZ DE LOS AMIGOS:

El regreso de la Montaña	151
La aventura de Pedro Nel Gómez	157
"El Tiempo"	165
Nieto Caballero Luis E. El retablo de Jaime	167
Parra Bolívar Luis. Despedida a Jaime	171
Santos Eduardo. Jaime Barrera Parra	173
Uribe Escobar Ricardo. Jaime	177
Castro Alfonso. Jaime Barrera Parra	179
Gómez Efe. Jaime Barrera Parra	185
Nieto Caballero Luis Eduardo. Jaime Barrera Parra	189
"Vanguardia Liberal". Jaime Barrera Parra	193
Mejía Mejía José. Jaime Barrera Parra	195

Se acabó de imprimir este libro en los talleres de la Imprenta Oficial de Medellín (Colombia) el último día del décimo mes del año de 1936.

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100190086

VALOR DEL EJEMPLAR, \$ 1,20.